



EL FIN DE LA SIP

**JOHNNY
GARLAND**



EL FIN DE LA S. I. P.



EL FIN DE LA S. I. P.

Por

Johnny Garland



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

© Ediciones Toray, S. A. – 1962

Depósito legal B. 567 - 1962

Número de Registro: 6.275 - 61

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

PRÓLOGO

DE LAS NOTAS PRIVADAS DE DONALD CALLOWAN

(Editadas en sus «Memorias», por la Cadena Editorial Transworld, en los años 2090 y 2111)

Yo no podía saberlo. En realidad, ninguno lo supimos... hasta que fue demasiado tarde. Entonces, cuando mis colaboradores y yo tuvimos conciencia de lo que estaba sucediendo... el desastre era inevitable.

Hubo un momento en que todo aquello hubiera podido evitarse. Todas las cosas, por graves que sean, pueden resolverse en su exacto principio, cuando aún se está a tiempo de cortar el mal, de frenar la infección.

Nosotros no supimos hacerlo, lo confieso. No supimos ver lo que ocurría, lo que iba a ocurrir más tarde, si no se luchaba contra aquello.

Yo, Donald Callowan, fundador y cerebro rector de la «Spacial International Police», fui el primer responsable. Nunca escondo mi cabeza en el momento de aceptar responsabilidades. Yo había creado la SIP para implantar la Ley y el Orden en la Tierra y en los espacios siderales adonde el hombre había llegado, con todos sus problemas y todas sus dificultades. Al colonizarse la Luna y algunos planetas de nuestro Sistema Solar, los más próximos a la Tierra, surgieron los naturales dilemas que siempre aparecieron en todo lugar pisado por el ser humano: delitos, odios, ambiciones, maldad... También hubo sacrificio, heroísmo y nobleza. Pero, no sé por qué, todas esas virtudes no bastan por sí solas para anular la mala raíz de la civilización plantada en las nuevas tierras.

Hubo que apelar a la Ley.

Y yo fundé esa Ley. No me faltaron colaboradores, gente entusiasta, que luchó bravamente junto a mí hasta hacer de la SIP un organismo policíaco internacional e interestelar, capaz de castigar el crimen dondequiera que apareciese.

Ahora, cuando escribo estas páginas de mi diario, la SIP ya no existe. Ha terminado su vida. Y ni siquiera sé cómo pudo ocurrir, por qué tuvo que llegar

ese fin... Tampoco sé qué puede hacerse ahora para que algún día las cosas vuelvan a ser como fueron.

La SIP se ha hundido. Fue derrotada por el Crimen, cuando más fuerte la creíamos todos. El juicio ha sido inapelable. Hemos terminado.

Ahora, el crimen puede enseñorearse de muchos sitios a los que nuestro fuerte y elástico brazo llegaba antes para imponer la Ley. Si eso es lo que se propusieron, lo han logrado.

Hace algún tiempo que no veo al doctor Pat Sullivan, mi mejor colaborador. Tampoco sé nada de mis queridos y simpáticos «Chispas» de París. Mis últimas noticias son que ha sido disuelto recientemente el Instituto de Estudios y Técnica Electrónica, adscrito a la Sección Técnico-Científica de la «Spacial International Police».

He recibido un «telecard» de Tokio. La Sección Oriental de la SIP también ha sido desmembrada. Iko Namura me dice en ese «telecard» que abandonará el país de un momento a otro. Es posible que se traslade definitivamente a Luna Término. No sé, ni creo que él sepa nada concreto siquiera. Estamos como aturridos, desconcertados. Algo se ha derrumbado en tomo nuestro. Y, lo que es peor, también dentro de nosotros.

El fin de la SIP es, en un mucho, nuestro propio fin. Habíamos dedicado nuestra mente, nuestro cuerpo e incluso nuestra alma a defenderla, a luchar por ella. Porque la SIP tenía alma, es evidente. La suya propia y la que nosotros poníamos en actuar bajo su pabellón de justicia y de equidad.

Es triste reconocerlo, pero todo ha terminado.

El mundo está perdido. Ahora, serán muchos los problemas legales que no sepan resolver, muchos los crímenes que quedarán impunes. Hay Policías Metropolitanas, Patrullas del Espacio y todo eso, es cierto. Incluso es posible que lleguen a crear otro cuerpo policíaco de jurisdicción internacional.

Pero ninguno llegará jamás a substituir dignamente a la SIP que nosotros fundamos y levantamos, sin importarnos el peligro ni el sacrificio.

Pero tal vez sea mejor no recordar más el asunto. Tratar de olvidar... si es que es- posible olvidar alguna vez.

Porque, a fin de cuentas, ¿quién puede olvidar que hemos sido vencidos por el Crimen, nuestro más odiado adversario?

¿Quién puede olvidarse de que la SIP ha terminado? Nadie que haya luchado en ella lo olvidará jamás.

Y yo, Donald Callowan, fundador y jefe supremo de la «Spacial International Police» que ha desaparecido para siempre... la recordaré más que nadie.

Ha sido el fin de la SIP. El fin de todos...»



Iko Namura descendió de su turbomóvil en el Bulevar Centro de Tokio. Recorrió la distancia hasta la Residencia Okawa por su propio pie. Una vez dentro, entró en el ascensor automático y se dirigió a la Planta 35, Sección B.

Una vez arriba, pulsó el zumbador de la puerta 3562-B. Esperó apenas unos segundos. Luego, tras ser contemplado por unos ojos, tras la mirilla invisible desde el exterior, el resorte magnético de la puerta actuó, dejando deslizar la hoja metálica de ésta.

Iko Namura entró y la puerta se cerró tras de sí. El hombre joven que se hallaba erguido tras ella, empuñaba una estilizada pistola de metal ionizado, azul cobalto. Una potente y silenciosa proyectora de luz electrónica, capaz de abrasar a un aerotren.

—Puedes dejar el arma —sonrió Namura—. No parece haber nada peligroso. Al menos, no en Tokio. Tengo un instinto especial para descubrir cuándo hay algo raro cerca de mí. Te puedo garantizar que no he visto nada especial alrededor de la Residencia ni dentro de ésta. Para todos, eres Hans Murdock, viajante comercial europeo. Y con ese nombre te he logrado la residencia en las afueras de Tokio. Un lugar donde nadie dará contigo.

—¡Oh, Dios, cualquiera diría que yo soy un criminal!— se irritó el joven atlético y rubio que recibiera en el apartamento a su visitante japonés —. Utilizar nombre falso, ocultarme, vivir como una lagartija que teme al sol...

—Oficialmente, casi eres un criminal —dijo Iko Namura serenamente—. Debemos hacer las cosas como si realmente lo fueras. O todo empeorará para ti... y para mí.

—Namura, todo esto es un puro disparate —se pasó una mano nerviosa por el dorado cabello que con un mechón indómito le barría la amplia frente, surcada de preocupados pliegues—. ¡Yo soy policía, tú eres policía! ¡No podemos actuar como delincuentes!

—Éramos policías...—rectificó suavemente Namura—. Ya no es lo mismo, mi querido amigo. Debes olvidarte de tu nombre, de quien eres y de lo que fuiste. Ahora serás Hans Murdock... o las cosas se te pondrán muy mal. En Tokio tienes ciertas posibilidades de inmunidad. Al menos, por un tiempo. Entonces puedes trasladarte a otro lugar.

El joven asintió despacio. Se dejó caer, con un suspiro de agotamiento, en un asiento de espuma sostenido por una columna magnética. El muelle asiento recogió su fatigado cuerpo, y él habló con lentitud:

—¿Y tú, Iko?

—He de hacer lo mismo que tú... pero a la inversa—sonrió levemente el japonés, Golpeó con suavidad su ropa—. Aquí llevo mi billete de aerovía

para esta noche.

—¿Te vas de Tokio?

—Es inevitable. He demorado lo más posible la marcha. Sabes que hay impunidad especial para ciertos delitos, en toda la Sección Oriental. Pero es preferible marcharse a algún otro lugar. No sería capaz de seguir viviendo aquí... después de lo sucedido.

El joven rubio no dijo nada. Su mirada había caído casualmente en aquella edición en color del «Tokio News». Era ya algo atrasada. Pero el titular de la primera página le seguía obsesionando como el primer día:

¡LA SIP DISUELTA! ¡SUS MIEMBROS PERSEGUI- DOS POR LA JUSTICIA INTERNACIONAL!

Iko Namura avanzó hasta el periódico. Lo estrujó entre sus fuertes manos, hizo con él una pelota rugosa o informe, y la arrojó a un recogedor automático de basuras, que se llevó el papel impreso por su conducto móvil, hacia los hornos del subsuelo existentes en todas las residencias de Tokio.

—¿Por qué has hecho esto? — se irritó el joven de pelo dorado.

—Es mejor así, Larry — dijo el japonés —. No merece la pena torturarse. Uno lo recuerda ya, aun sin leer cosas como ésa.

—Tal vez tengas razón — suspiró el joven llamado Larry. Incluyó la cabeza —Dios mío, todo es como una pesadilla. Una maldita y horrible pesadilla, Iko.

—Claro. Una pesadilla que nos toca vivir a todos, desgraciadamente — Iko Namura se apoyó en una pared. Un cigarrillo oriental ardió entre sus labios momentos después. Larry rechazó la invitación a fumar —. Ayer dirigí-un «telecard» a nuestro jefe...

—¿A Callowan? —Larry alzó la cabeza, con súbita animación.

—Sí, a Callowan. Estará muy necesitado de aliento, de un recuerdo de alguno de nosotros...

—¿Sabes dónde se aloja?

—Sí. Soy quizás el único que lo sabe, aparte de Pat Sullivan y de algún otro directo colaborador suyo. Él es quien más debe de estar sufriendo. Esto, para Donald Callowan, es como morir un poco. La SIP era su obra, su gran obra... Y nosotros todos, éramos sus «muchachos», casi sus hijos. O como a tales nos tenía él.

—¿Existe justicia en el mundo Iko, para que esto haya sucedido?

—No sé. No quiero ni pensar siquiera en ello. Uno llega a dudar de todo, a no creer en nada que venga de los hombres, para que cosas así lleguen a suceder... Pero lo cierto es que ha ocurrido. Y que todos nosotros fuimos sus

víctimas. Si realmente existe esa justicia, no siempre es justa. Sólo nos queda esperar que, alguna vez, una Justicia más alta e infalible que la de los hombres nos juzgue como realmente merecemos... y también a los que nos han hundido.

Larry meneó la cabeza, sumido en hondas reflexiones. Cuando alzó la cabeza y clavó sus ojos pardos en Iko Namura, habló roncamente:

—Dios mío, quisiera tener una idea de cómo pudo empezar esto. Todo es tan confuso, que uno llega a estar inseguro acerca de todo. ¿Será posible que ninguno nos hayamos dado cuenta de lo que se avecinaba, que hayamos sido tan rematadamente estúpidos?

—No podíamos darnos cuenta de que un desastre así se avecinara, Larry. Yo recuerdo muy bien cómo empezó. Y a poco que trates de recordar, también tú sabrás cuándo y de qué modo se inició todo. Aunque parezca, que ha transcurrido una eternidad, en realidad hace poco tiempo. ¡Y todo fue tan simple!... Trato de recordar, Larry. Fue aquel día en que se celebró el aniversario de la fundación de la SIP. Justamente aquel día, lo recuerdo muy bien..

PRIMERA PARTE

EL PRINCIPIO DEL FIN

CAPÍTULO PRIMERO

ANIVERSARIO



OR eso, y en prueba de reconocimiento, gratitud y respetuoso afecto, quiero,

en nombre de todos los que bajo las tres iniciales trabajamos a sus órdenes, velando por la seguridad internacional e interestar, llevando la Ley adonde el delito amenaza, y velando por los hombres honrados dondequiera que estén y peligre su integridad, quiero ofrecerle un recuerdo que sea para siempre una viva imagen de esa devoción, de ese entusiasmo y de esa fe que depositamos en nuestro jefe desde el primer día, y que ha servido para que el nombre de la «Spacial International Police» sea respetado y querido en todo el mundo y en todos los planetas y espacios habitados por el hombre.

Tras el largo discurso, acogido con aplausos en el gran salón del «Columbus Circle Center» de Nueva York, donde tenía lugar la recepción, Ashton Rambler se acercó a Donald Callowan, en su asiento de presidencia de la larga mesa central, flanqueada por las dos laterales, igualmente largas, y presididas a su vez por el doctor Pat Sullivan y por Iko Namura, y le ofreció en las manos el lujoso estuche oblongo, de plástico rojo, terciopelo negro y cantoneras de plata, con el objeto que la SIP, en el aniversario de su fundación, entregaba a su jefe supremo y director efectivo, Donald Callowan.

—Oh, no sé cómo agradeceros esto, muchachos...— dijo éste, con acento emocionado —. Es realmente admirable que en fecha así todos los principales elementos rectores, todos los jefes de Secciones, los dirigentes de Departamentos y los más veteranos y eficaces agentes especiales e instructores de la Escuela Espacial de Washington os hayáis reunido para ofrecerme el homenaje espontáneo y sincero de vuestro cariño... y esta maravillosa prueba de vuestro afecto hacia mí.

Al tiempo de hablar extendió sus manos, tomó la caja rojinegra, de rebordes plateados, y contempló fijamente el objeto que reposaba sobre el terciopelo negro, brillante como uno de aquellos astros que las patrullas policíacas de la SIP habían llegado a ver tan de cerca, en sus rondas espaciales en busca del crimen organizado, al que perseguían con la eficacia de su organización.

—Es sólo un humilde presente que no puede significar lo que realmente deseamos nosotros, sino como simple símbolo — observó Ashton Rambler, agente especial, jefe de las ramas activas de la SIP en Europa —. Pero, al menos, en él queremos simbolizar algo de nuestros sentimientos. Tómelo de ese modo, señor.

—Es un reloj maravilloso — declaró Callowan, alzando el objeto con aire abstraído —: El más bello reloj que jamás vi.

—No es un simple reloj — sonrió Ashton Rambler —. Ha sido especialmente diseñado en París, y nuestros magníficos «Chispas» han colaborado en su confección...

Callowan sonrió. Evidentemente, si los «Chispas» intervinieron en su realización, aquel reloj no podía ser vulgar. André Levigneux y Charles Dubon, los jóvenes, rubios y agudos investigadores del Instituto de Estudios y Técnica Electrónica, jamás hacían nada que otros pudieran hacer. Tanto al

frente de la Sección Electrónica de la SIP en París, como en su propia especialización, puerta al servicio de la «Spacial International Police», en auténticos «fuera de serie», hombres de excepción, capaces de crear mil maravillas... y capaces también de despejar mil incógnitas presentadas a la SIP en su lucha constante contra el Crimen y contra sus más astutos-y expertos artífices.

Aparentemente, era un reloj de pulsera, muy plano y ovoide, de aspecto normal aunque muy bello y de audaz diseño. Pero cuando Ashton Rambler se inclinó sobre el reloj y pulsó un resorte de éste, la esfera del reloj giró sobre sí, ofreciendo la pantalla curva y circular de un diminuto, asombroso televisor de canal privado, que Callowan comprendió serviría para establecer contacto con la SIP; desde cualquier lugar donde se hallase, aun sin televisófono al alcance de su mano.

No terminaban ahí las propiedades del mágico reloj. Rambler mostró a Callowan otra de sus facultades: era capaz de emitir en Morse, sólo con oprimir la corona destinada a la cuerda, y de recibir, por otro sensibilísimo conducto, emisiones en Morse emitidas con la misma alta frecuencia. Por si eso fuera poco, el reloj era antirradiactivo, contador Geyger, y poseía unas diminutas pilas de energía, capaces de desarrollar una considerable fuerza, llegado el momento, que el dueño del reloj podía canalizar y aplicar a su completo antojo, por medio de unas microondas especiales.

—Jamás vi nada parecido — confesó Callowan, perplejo —. En una era de maravillas como la que nos ha tocado vivir, Levigneux y Dubon han logrado la máxima de las maravillas en precisión y utilidad. Y vosotros, amigos míos, habéis patrocinado la entrega de tan extraordinario regalo. Podéis estar seguros de que nunca más arrancaré de mi muñeca ese reloj mágico que me proporcionáis hoy, como amigos, como hijos y camaradas leales, y como miembros de nuestra querida SIP...

Donald Callowan no dijo más. Era hombre de parlamentos cortos, de breves discursos y de amplia sinceridad. Se aplaudieron sus palabras, se acogieron con exclamaciones de entusiasmo y de adhesión, y continuó el ambiente de camaradería y de buena fe en la fiesta del «Columbus Circle Center», de Nueva York, aquel día del aniversario en la fundación de la «Spacial International Police»...

* * *

—Ha sido, realmente, una fiesta magnífica, Ashton—sonrió Donald Callowan, conduciendo su aerocar por las vías aéreas de Nueva York, hacia el Manhattan Hotel —. Creo que nunca la olvidaré, mientras viva. No puedo pedir más de vosotros.

—Celebro que le haya gustado, señor. Temíamos que no sería lo bastante buena para demostrarle nuestro afecto.

—Noches así son imborrables, Ashton. Y detalles como el vuestro le hacen a uno sentirse orgulloso y feliz de haber luchado estos años, de haber fundado la SIP, de haber llegado tan lejos en los proyectos de todas clases... e incluso siente uno deseos de superarse, de hacer las cosas aún mejor...

—Lo comprendo, señor. Nosotros también deseamos de corazón que todo sea siempre mejor — suspiró Ashton Rambler, risueño —. Por eso luchamos. Y por eso estamos aquí, junto a usted en todo momento...

—Gracias, muchachos — Callowan entornó sus ojos metálicos y firmes, clavándolos ante sí, en la ruta a seguir. Tras él, Iko Namura y el doctor Pat Sullivan guardaban silencio. Pero él sabía que no necesitaban hablar para expresarle su devoción y su lealtad —. Creo que haberos encontrado a vosotros como colaboradores es lo mejor del mundo.

—Lo mejor es encontrar a un jefe que sepa conducir el timón de la nave en todo momento. Y nosotros lo tenemos...

Sonrió Callowan, conduciendo a buena velocidad, a través de las altas torres blancas de la gran urbe. Poco después, se detenía frente a la gran rampa descendente que conducía a los jardines del Manhattan Hotel, y hablaba, volviéndose hacia Rambler:

—Hemos llegado, Ashton. ¿Cuándo regresas a Europa, muchacho?

—Mañana, señor. Tomo el aerovía transoceánico de las once y media.

—Y vuelta al trabajo, ¿no es eso?

—Vuelta al trabajo, señor — sonrió Ashton —. Mi oficina de Ámsterdam y todo eso. Lo de siempre, señor. La fiesta ha terminado. Ahora, hay que seguir laborando. Como usted y como todos. ¿No es cierto, Namura?

—Oh, claro — rio el oriental, en el asiento posterior —. Sólo que mi viaje es mucho más largo que el suyo, Rambler. Yo he de volver a mi Central de Tokio.

Y hasta mañana, al anochecer, no hay aerovía con plazas.

—¿Por qué no toma un aeromóvil particular, Namura? —observó Rambler.

—Oh, no urge tanto. Y no me gusta viajar solo. Prefiero hacerlo en un vehículo de línea, con gente con quien charlar. El viaje en soledad es algo sumamente triste, amigo mío.

—Sí, creo que en eso tiene razón. Bien, Namura. No nos veremos seguramente, al menos hasta otro aniversario o hasta que la SIP necesite nuestro común esfuerzo y nos sea preciso reunimos. Hasta entonces... suerte y muchos éxitos, Namura.

—Lo mismo le deseo, Rambler — dijo el nipón —. La suerte de cada uno de nosotros marca la suerte de la SIP.

Ashton Rambler saltó fuera del vehículo, tras estrechar la mano de todos sus ocupantes. Luego, agitó el brazo, en muda despedida, y se alejó rampa

abajo, hacia los jardines del Manhattan Hotel.

—Un buen chico Rambler — ponderó Callowan, volviendo a poner en marcha su vehículo —. Y un excelente colaborador de la SIP en todos, los órdenes...

—Ciertamente — asintió el doctor Sullivan —. Hombres como él hay pocos. Y los pocos que existen están casi en su totalidad con la SIP...

Rieron todos de buena gana, mientras el aeromóvil se alejaba hacia otro punto de la ciudad, donde se alojaban Namura y Sullivan durante sus días de estancia en Nueva. York.

—Usted vuelve a Washington, señor? — indagó Iko Namura.

—Tengo que volver, sin más remisión — asintió Callowan —. Hay cuestiones urgentes que resolver allí...

—Algún caso especial, Donald? —inquirió el doctor Pat Sullivan, jefe de los Servicios Médicos de la Central, y autoridad notable en biología, antropología, bioquímica y otras ramas de su ciencia. Además, era uno de los fundadores de la SIP y uno de los pocos hombres que tenían confianza absoluta con Callowan —. ¿Es eso lo que te lleva a Washington?

—En cierto modo, sí. Siempre hay algún caso pendiente. Es muy difícil que pase un día sin que los seres humanos cometan algún delito. El crimen nunca hace fiestas, ni se toma vacaciones. Ahora, hay un problema bastante serio a resolver. He designado para investigarlo a un agente joven, reciente en la SIP, pero en quien tengo gran confianza. Un muchacho llamado Larry Karvis.

—¿Y qué caso es ese, Donald? —se interesó el doctor Sullivan.

—El de un robo importante: la «supermachine» del profesor Silas Caldwell, en Australia.

—¿«Supermachine»? —Iko Namura frunció el ceño —. ¿Qué significa eso? ¿Un nuevo procedimiento para afeitarse?

—Sin bromas, Namura — sonrió Callowan —. El nombre parece ridículo, pero es realmente una supermáquina... y no de afeitar precisamente. Levigneux y Dubon podrían decirle algo sobre la cuestión, ciertamente. Silas Caldwell es una eminencia mundial en electrónica y en biología.

—Es cierto. Al menos en lo que toca a la biología, puedo garantizarlo — asintió Sullivan —. Silas Caldwell es uno de los pocos hombres que, después de ser un auténtico prodigio en el estudio biológico del ser humano, ha procurado especializarse en electrónica y electromagnetismo, aunque no tengo la menor idea de por qué tuvo que hacer tal cosa.

—La «supermachine» es la respuesta, mi querido Pat — respondió suavemente Callowan —Al parecer, Caldwell ha logrado con ella lo que nadie fue capaz de conseguir jamás hasta ahora: el dominio absoluto de la naturaleza humana, de sus fibras más sensibles, de la mente, nervios y

músculos del ser viviente racional, a través de su ingenio electromagnético.

—Cielos, sería realmente formidable que eso se hubiera conseguido. Y aterrador a la vez — comentó Pat Sullivan, estremeciéndose.

—Sí, aterrador. No es que la «supermachine» sea un éxito positivo. Es posible que ni siquiera haya logrado realmente lo que se propuso y, al llegar los experimentos decisivos, el sistema fracase. Pero, por el momento, hay razones para inquietarnos. Porque la «supermachine» ha sido robada.

—¿Por quién, señor? —indagó Iko Namura, intrigado.

—Si eso se supiera, la SIP vería simplificado al mínimo su esfuerzo por descubrir la verdad de ese robo —sonrió Callowan—. Lo cierto es que nada se sabe aún. Larry Karvis investiga, en nombre de la «Spacial International Police», enviado especialmente a Australia. Veremos lo que sucede.

—Si alguien robó el invento de Caldwell, es porque cree que puede ser realmente eficaz. ¿Qué dice a eso su propio inventor, Donald? —inquirió Sullivan.

—Caldwell dijo muchas cosas, cuando se robó la «supermachine» —sonrió Callowan—. Y no todas dignas de ser escuchadas por oídos puritanos. Pero luego ha quedado muy callado. Aunque supongo que no por propia voluntad.

—No entiendo, señor. ¿Le ha sucedido algo a Caldwell? —interrogó Namura.

—Sí. Ha desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Pero cómo, señor?

—Nadie lo sabe. Si su máquina se robó, es posible que también él fuera capturado por los que se la llevaron.

—¿Secuestro?

—Eso es. Robada la máquina, debieron advertir que no sabían cómo manejarla. El propio Caldwell habló sobre eso, al enterarse del robo. Tras sus primeros momentos de desesperación, recordó que el manejo era harto complicado para que nadie pudiera llevarlo a cabo, salvo una persona muy afín. Y aun eso se descartó en seguida, porque su principal auxiliar, el profesor Talbot, un experto en electrónica, ignoraba el manejo de la «supermachine». Y la joven doctora Blake, ayudante personal de Talbot y de Caldwell, tampoco es capaz por sí sola de utilizar el mecanismo de ninguna manera.

—Ya. Y una vez robada la máquina, robaron también al único que podía manejarla: Silas Caldwell.

—Es la teoría más lógica. Todo el asunto ha tenido algo de satírico, de burlón. Caldwell hizo una oferta pública, a través de la Televisión Mundial, de cien mil créditos a cualquiera que facilitase una pista para el hallazgo de los ladrones, y de doscientos cincuenta mil créditos a quien pudiera rescatar la

máquina prodigiosa que él inventara. A las pocas horas de hacer su oferta, Caldwell desaparecía. No puede negarse que sus raptos han sido sumamente audaces y han hecho gala incluso de cierto sentido del humor.

—Un asunto fascinante. Y propio de la SIP — admitió Namura —. Creo, sin embargo, que yo no podré servir de mucha ayuda. Australia está cerca del Sector Oriental de la SIP, pero no demasiado. Y si Larry Karvis es lo bastante eficaz, sobraré toda ayuda. ¿Existen pistas?

—Pocas — declaró Callowan, sombrío —. Y las que hay, es Karvis quien las conoce y sigue en estos momentos. Ignoro si realmente llegará a un resultado positivo, pero al menos estamos intentando recuperar ese prodigio electro-biológico, y también a su dueño y creador. Ahora, todo es cuestión de suerte. Y de que Karvis sea capaz de llegar a un punto de auténtica eficacia.

—Debe de ser un agente joven, ¿no es cierto, Donald? — intervino Pat Sullivan.

—¿Karvis? Sí, es uno de nuestros más jóvenes elementos. Espero que sea también, con el tiempo, uno de los buenos agentes de la SIP. Tiene condiciones para ello. Es atlético, fuerte, inteligente y tenaz. Confío en él. Ojalá no me equivoque en esa confianza.

Donald Callowan continuó adelante, a través de la ciudad. Iko Namura y el doctor Sullivan, se miraron con aire pensativo. También ellos pensaban lo mismo que su jefe. Si la SIP se mezclaba en un caso, cualquiera que éste fuese, era preferible imaginar que el hombre elegido para investigarlo era el mejor en aquellos momentos. Y ahora, el mejor sería Karvis, el nuevo agente tan elogiado por Donald Callowan, un hombre de por sí bastante reacio a los elogios de toda índole para con sus hombres.

Larry Karvis, que ahora estaría en Australia, intentando ver claro en un nuevo enigma de la jurisdicción de la «Spacial International Police»: el robo de la «Supermachine» de Silas Caldwell, el genio de la electrónica, y la posterior desaparición de éste.

Larry Karvis, que ni siquiera podía imaginarse el interés que ponían en su persona aquel grupo de excepcionales personajes, dedicados en alma y vida a la lucha por la Ley, estaría ahora allá en Melbourne, buscando lo más parecido a una aguja en un pajar: el rastro que le llevase hasta la «Supermachine» y hasta el inventor Caldwell, misteriosamente desaparecidos.

CAPÍTULO II

LARRY KARVIS



O le parece que ya ha llegado demasiado lejos en sus preguntas, señor Karvis?

La pregunta en sí no tenía nada de particular, ni siquiera podía considerarse agresiva o hiriente. Pero cuando alguien preguntaba una cosa así con una formidable pistola térmica en las manos y una expresión en los ojos que revelaba bien a las claras la determinación de su dueño de apretar el disparador sin más rodeos, a la menor excusa que pudiera ofrecerle su antagonista, la cosa cambiaba notablemente.

Larry Karvis no era tonto para ninguna cosa relacionada con su tarea, ni con ninguna otra cosa. Pero no lo era especialmente en cosas como aquella, cuando la agresividad y violencia del contrario eran algo que no ofrecía vuelta de hoja en ningún terreno.

—¿Qué piensa hacer? — preguntó serenamente, a pesar de todo —. ¿Disparar contra mí?

—Es posible que lo haga, Karvis. Me molesta usted. Y me molestan mucho sus preguntas. He matado a otros muchos tipos por molestarme menos aún que usted.

—Peligrosa confesión, Snake. Por mucho menos que eso, he visto a algunos ir derechos a la cámara electrónica de la muerte.

—Tonterías, Karvis. Usted no va a andar hablando por ahí de eso. La policía no se enterará de lo que he dicho aquí... entre nosotros dos solamente.

—¿No se le ha ocurrido la idea de que yo mismo podría ser la policía? — ríe duramente Larry Karvis.

—Claro. Y en seguida la he rechazado.

—¿Por qué?

—Oh, porque sería demasiado tonto al jugarse así la vida, sin la menor posibilidad de ganar. Usted, Karvis, no es tonto. Le vengo observando hace días, desde que está en Melbourne, y sobre todo desde que visita el «Kangaroo». Si fuera solamente la mitad de listo que yo imagino, lo último que sería usted es detective o policía.

—¿Y por qué, Snake?

—Muy sencillo: porque le mataría ahora mismo, si usted lo fuese.

Larry apretó los labios. Luego fingió sonreír, aunque sus ojos, duros y metálicos, solamente reflejaban agresividad hacia su interlocutor.

—¿Cómo iba a estar seguro de una cosa así? — comentó con voz helada.

—Porque ahora mismo tengo a alguien que está investigando sobre usted, Karvis. Lo suficiente para saber si es realmente un miembro de la Sociedad Mundial de Estadísticas. Si no lo es, lo sabré en cosa de unos minutos... — miró, con una risita agria, al reloj eléctrico del muro —. Y entonces, dispararé el resorte de mi arma. Usted sabe lo que eso significará. Una carga magnética rara vez deja a un hombre con vida.

—No se esfuerce en explicarme eso. Lo sé perfectamente, Snake. Pero usted no se atreverá a matarme si soy policía.

—¿No? ¿Por qué, mi querido señor Karvis? No veo la razón para tener esa seguridad...

—Muy sencillo. Si me mata, habrá cometido tal vez un delito realmente terrible: el asesinato de un agente especial de... de la SIP, pongamos por ejemplo.

—¿La SIP? — Snake parpadeó un momento, desconcertado por vez primera.

—Todo el que ha matado a alguien de la SIP ha muerto, Snake — declaró lúgubremente Karvis—. ¿Se ha dado cuenta de eso?

—Oh, nunca conté a las personas que...

—¿Que murieron después de asesinar a alguien de la SIP? Trate de recordar. Seguramente sus medios de información no fallarán en ese sentido.

—En resumen, Karvis, ¿confiesa que es usted un miembro de la SIP?

—No confieso nada, Snake. Tuve un amigo que era de la SIP. Pude aprender eso de él. Usted habrá de correr el riesgo. Eso es todo...

—Se cree muy listo, Karvis.

—Usted dijo que lo era. No me creo nada, por lo tanto.

—Sigue pasándose de listo. Y de gracioso — Snake escupió entre dientes, ladeando desagradablemente la boca—. No me gustan los listos ni los graciosos. Sean o no sean de la SIP, me dan náuseas. Tendré que matarlo, Karvis... si no es la clase de tipo que dijo. Y no me importará quién diablos sea en realidad.

—Pues bien, dispare ya — sonrió Karvis glacialmente —. No soy el que dije. Pertenezco a la SIP. Y he venido a arrestarle, por auxiliar a los raptos de un hombre llamado Silas Caldwell, que fue secuestrado de un reservado de este «club», cuando asistía a él para responder a una cita.

Snake parpadeó. Y Karvis se dijo que el tipo incluso había perdido bastante color por debajo de su curtida piel. Luego, fríamente, el dueño del «Kangaroo» habló entre dientes, apretando mucho éstos, como para que solamente salieran las palabras justas:

—Miente. Está mintiendo, Karvis. Yo jamás he tenido nada que ver con secuestros ni cosas parecidas. Aprecio demasiado mi piel para mezclarme en asuntos así.

—Sin embargo, un hombre llamado Silas Caldwell desapareció. Y el último lugar en que fue visto, es precisamente el «Kangaroo».

—Tal vez estuvo aquí. Viene mucha gente al «Kanguroo», sin que yo sepa quién es, Karvis. Y cuando salen de aquí pueden irse al infierno, matarse o ser asesinados, sin que yo me entere ni tenga por qué aceptar responsabilidades. De modo que eso no justifica su entrada ilegal en mis estancias privadas del «club», su registro de mis documentos, en el que le he sorprendido, ni nada de todo eso. Se presentó a mí como miembro de la Sociedad Mundial de Estadísticas y yo fui tan tonto que le creí. Le dejé andar por mis cosas, y usted tomó buena nota, para volver luego a registrarlas en mi ausencia, con la utilización de llaves magnéticas y anticierres electrónicos. No sé si es un ladrón, un policía o un competidor peligroso que quiere mezclarse en mis asuntos. Pero las tres cosas tienen para mí igual sentido: es un enemigo. Y tengo que matarle. Pero nada de liarme a mí con ese Caldwell, ¿entiende? No tengo nada que ver en eso, ni sé a qué se refiere.

—Lo sabe muy bien. Silas Caldwell no es un desconocido. Alguien le esperaba aquí. Alguien que iba a hablarle de su invento robado, en un reservado del «Kanguroo». Y jamás salió de aquí. Nadie le vio de nuevo, después de que el camarero de la Sección F y la vendedora de flores y perfumes le vieron entrar en el reservado 11-F de su flamante «club».

—¿Eso es seguro? ¿Hubo ciertamente un camarero y una vendedora de flores que vieron a Silas Caldwell en mi «club»?

—Algo más que eso. Le vieron y le hablaron. Caldwell pidió champaña azul y caviar de pescados venusinos. Para dos. Con dos copas.

—¿Dos copas? — Snake sonrió —. Es lógico. Si estaba citado con alguien...

—Mientras esperaba en el reservado 11-F, llamó a la florista. Adquirió un ramo de rosas negras de Marte. De ésas que importan del planeta, envueltas en bolsas de celofán plástico, y bañadas en una solución que las mantiene frescas durante meses.

—Muy costoso todo. El señor Caldwell debe de ser un sibarita — ponderó Snake, burlón.

—Eso no me preocupa. Caldwell tiene dinero y puede permitirse esos lujos.

—Entonces, ¿por qué cita todos esos detalles?

—Muy sencillo: porque no se compren rosas negras de Marte para un hombre que le cite a uno. Pero sí para una dama.

—¡Una dama! —Snake silbó entre dientes—. Entiendo, Karvis. Una mujer. Es lo que usted busca, ¿no es eso?

—De momento, sí. No creo que una mujer, por sí sola, pudiera reducir a un hombre fuerte, como Caldwell, y sacarlo del «club» sin que nadie se enterase. Usted, Snake, sabe sobradamente eso. Y se imaginará fácilmente adónde voy a parar.

—Oh, claro. Me doy perfecta cuenta, Karvis. — La risita de Snake no era amistosa —. De nuevo a mí. Según usted, yo utilicé a una mujer para una encerrona, y luego me quedé con Caldwell.

—Es una teoría bastante lógica y razonable, después de todo.

—Pero yo no lo hice, Karvis — agitó la mano armada, irritadamente —. No sé nada de nada en ese asunto. Averigüe quién es la mujer y sáquele a ella lo que pasó esa noche. No me complique la vida ni perjudique a mi negocio, y le dejaré marchar con vida. Pero siga importunándome y, aunque sea usted de la SIP, le volaré la tapa de los sesos.

—Tendré en cuenta la advertencia — dijo Karvis lentamente —. Ahora ya sabe la verdad. Soy de la SIP.

Y busco a Caldwell. Es una personalidad en electrónica y en el estudio de ciertas ramas de la ciencia astronáutica y espacial. La «Spacial International Police» está interesada en que aparezca. Y será mejor que nadie ponga trabas o las cosas irán de mal en peor... para los que intenten dificultar la acción de la Ley.

Snake, de mala gana, bajó su arma. Luego, la tiró sobre una mesa y miró a Karvis malhumorado.

—Lárguese, amigo — dijo abruptamente —. Lárguese lo antes posible y déjeme en paz. Al diablo usted, la SIP y todo eso. Sólo quiero vivir tranquilo, sin líos con nadie.

—Pues ándese con cuidado, Snake. Y ayude a la Ley. Así, nada, tendrá que temer.

—Por todos los diablos, nunca probaron nada a Al Snake — replicó agresivo el dueño del «Kanguroo» —. Ni se lo probarán jamás. Fuera de aquí, Karvis. Y dé gracias por dejarle con vida.

—Eso, aunque no lo sepa, es una gran suerte para usted, Snake — sonrió Larry Karvis, dirigiéndose serenamente hacia la salida—. Una gran suerte...

Cruzó la sala del «Kanguroo». Era aún muy pronto. Sin embargo, el público ya se apiñaba en sus mesas, en torno a la pista circular, luminosa y giratoria, donde las parejas, al tiempo de bailar a los acordes de bellísimas melodías que brotaban de ocultos y tenues amplificadores, conocían la ingravidez tenue de un sistema artificial de desgravitación, que daba a su danza un fantástico aire de «ballet» imposible. Surtidores de champañas de colores, en torno a la gran sala exagonal, producían la impresión de que uno estuviese en una versión del año 2000 de la mítica Jauja.

Karvis contempló todo eso mientras se movía hacia la puerta de salida, con aire calculador. No le impresionaban los detalles fascinantes del local. Snake se cobraba a buen precio sus aparentes derroches con las facturas de sus clientes. El «Kanguroo» era uno de los locales más caros de Melbourne.

Observó que los «gorilas» al servicio de Snake le contemplaban desde diferentes lugares de la sala, escudriñadores y nada amistosos. Dos de ellos, vestidos de impecable «smoking» naranja y plata, se movieron hacia la salida, para cortársela sin contemplaciones. Pero, evidentemente, Snake debía de poseer un sistema especial de aviso para sus hombres, disimulado en la sala, porque, ambos se detuvieron, se miraron entre sí, y luego se fueron apartando lentamente, hasta regresar al largo mostrador de vitroplast rojo y negro, sobre

el que un acuario portentoso, con aguas de colores cambiantes y exóticos peces, muchos de ellos traídos de Venus, servía de soporte mágico a las altas copas de bebidas que ingerían los clientes de Snake que no tenían mesa reservada.

—Una bonita jaula dorada... pero repleta de feos pajarracos — comentó para sí Karvis, haciéndoles un guiño burlón a los «gorilas» de Snake. Agitó una mano, en señal de salutación y salió a la calle.

El «Kanguroo» quedó atrás. Melbourne, esplendoroso de luces y de grandes edificios, que hacían de la gran ciudad australiana una de las primeras urbes del mundo, se ofreció ante sus ojos. Pero Karvis tenía las pupilas demasiado ocupadas en otra cosa para prestar atención especial a las bellezas urbanas de la nueva Melbourne del siglo XXI.

Lo que atraía el interés de Larry Karvis era también una belleza. Pero no precisamente urbana.

La mujer era joven, muy joven. Y muy bella. Su cabello dorado, de suaves ondulaciones, rozaba los hombros, redondos y bronceados. El busto se erguía, escultural, bajo la tenue seda plástica de una blusa roja, muy ceñida y cerrada en las mangas con rebordes de plata pura, tejida sobre la seda roja. Un pantalón corto, de hilo de plata también, y unos graciosos zapatos de alto tacón, de un blanco deslumbrante, daban a sus largas, esbeltas y estilizadas piernas una gracia y una sugestión prodigiosas. Lucía sobre su cabello dorado una diadema de plata y esmeraldas de Marte, que debía de valer una fortuna.

A Karvis le gustó la chica. Sólo le disgustó su uniforme. Porque, a fin de cuentas, el breve pantalón de plata y la blusa roja eran un uniforme, algo así como un distintivo para señalar a las «chicas» de Snake. A las «girls» del «Kanguroo», en suma.

No es que fueran mujerzuelas. Pero su empleo consistía en ser invitadas por los clientes ricos, acompañarles a bailar, a tanto la pieza, como las antiguas «taxi- girls», y si se terciaba salir en compañía de un cliente, éste recibía un chasco solemnísimo si interpretaba mal las atenciones puramente financieras de las muchachas, empleadas por Snake.

A Karvis, a pesar de todo, no le gustaba aquel oficio de sacacuartos sindicadas. Miraba con suma prevención a las mujeres de ese tipo. Incluso cuando eran «fuera de serie» en los atributos físicos, como en este caso concreto.

La muchacha, riendo, estaba bajando de un turbomóvil particular, de carrocería azul, y un gordinflón adiposo trataba de sujetarla, riendo estúpidamente.

—Vamos, vamos, preciosa Agnes — decía con voz estrepitosa el individuo, logrando aferrar la breve cintura cimbreante de la muchacha —No puedes dejarme ahora... No serás tan cruel, ¿verdad?

—Mira, gordito, yo te acompañé a dar un paseo nocturno sobre la ciudad, por la Ruta Aérea, ¿no es cierto? — dijo ella riendo, aunque con un tono áspero que a Larry no le engañó sobre la disimulada ira de la joven hacia su

pretendiente —Y te dije que, después del paseo que te habías empeñado en dar conmigo, volveríamos al «club», te gustara o no. Yo tengo ahora otras cosas urgentes que atender. No puedo cuidarme más de ti, y te lo dije. De modo que no insistas ni hagas escenitas estúpidas.

—Espera, Agnes, preciosidad — farfullaba el tipo, machacón. Su fuerza, al oprimir el talle de la bella rubia, era considerable —. No vas a hacer eso conmigo. No lo consiento. Soy un buen cliente de Snake, un inmejorable cliente de tu patrón... Si haces esto, será una mala cosa, encanto. Yo puedo hacer mucho por ti. Puedo ayudarte...

—¿Vas a dejarme de una vez, gordito? —se irritó ella, forcejeando en vano.

—...pero también puedo perjudicarte, si lo deseo — continuó, amenazador, el hombre —. De modo que piénsalo bien. ¿Te quedas o te vas, encanto?

—Me voy. Ya te dije que tenía otras cosas que hacer. Suéltame de una vez.

—Me parece que no quiero soltarte. Vamos, vente conmigo, encanto. Estoy harto de que seas siempre tú la que se sale con la suya. No eres una reina. Sólo una chica más de Snake. Y Snake sabe quién soy yo. Tengo dinero, soy importante y... puedo decirte que Snake hará lo que yo le diga, si a mí me viene en gana.

La introdujo de nuevo en su turbomóvil a viva fuerza. Llevado de una repentina ira, el gordinflón demostró que no todo era grasa en él. Era inútil lo que la bonita «girl» de Snake intentaba por desasirse. Ya la puerta del turbomóvil se cerraba, y ella se quedaba dentro, luchando con aquel tipo gordo y repulsivo.

Larry no esperó a más. De dos zancadas se plantó en la cinta metálica de la aerorruta, ante el aparcamiento del «Kangaroo». Una tercera zancada le situó junto a la puerta semicerrada del turbomóvil azul y un tirón violento de su mano la abrió de golpe.

—Vamos, amigo. Deje a la chica — habló duramente Larry —. No me gustan sus modos.

—¡Váyase al diablo! — aulló el gordinflón—. ¡Me he gastado miles de créditos con esta mocosa rubia! ¡Tengo derecho a...!

—No tiene derecho a nada, si ella no quiere — Karvis miró a la joven, que clavaba, esperanzada, sus grandes ojos verdes en Larry—. Dígame, señorita, ¿cuál es su voluntad en este caso?

—¡Quiero salir de aquí! ¡Que esta bola de sebo me suelte de una vez, señor!

—Muy bien. La decisión de la señorita es indiscutible — dijo Karvis con una risita hostil —. Suéltela, señor. O le haré que la suelte.

—Usted no se atreverá conmigo — farfulló el gordo, enfurecido —. ¡Soy Budd Carruthers, el financiero! ¡Medio Melbourne es mío! ¡Tengo tanto poder como el Delegado Federal en las Naciones Federadas Mundiales!

—Eso me tiene sin cuidado, señor Carruthers — replicó duramente Karvis —. ¡Suéltela!

No la soltó. Es más, mientras la sujetaba con uno de sus rollizos brazos contra sí, sacó una contundente barra metálica de debajo del asiento de su turbomóvil, y la alzó con su zurda contra Larry Karvis.

La barra silbó en el aire, muy cerca de Karvis, y se abatió contra el vitroplast de la portezuela, tras rozar la cabeza del joven agente de la SIP, agrietando toda la ventanilla con un seco crujido. Furioso, intentó utilizarla de nuevo contra Karvis, pero rectificando la dirección del golpe.

Larry no se anduvo con más contemplaciones. Le hincó su puño con violencia en pleno vientre. Luego, al doblarse el gordinflón, con un gemido, proyectó hacia arriba su zurda, en impresionante mazazo al mentón.

Fue como si un cartucho de dinamita estallara bajo la nariz del gordo Carruthers. Chilló agriamente, soltó a la rubia y se derrumbó en su asiento, inconsciente. Ella, jadeando, lanzó sus bellas piernas fuera del vehículo, tocando el suelo, y esperando allí erguida a que Larry Karvis saliera del turbomóvil, tras su ataque violento al gordinflón impertinente.

—Asunto resuelto — Karvis se sacudió las manos, como apartando de ellas imaginarias motas de polvo. Luego, sonrió a la bonita rubia —Tal vez ese tipo tuviera razón y le busque dificultades.

—Que se vaya a paseo — dijo ella, aún con la respiración agitada, de resultas del esfuerzo realizado antes—. No le temo. Ni a ése ni a nadie... Bien, señor, gracias por su ayuda. Estaba medio embriagado, y pudo haber sucedido un desastre si arranca el vehículo, llevándome con él.

—Conozco a los tipos como ése. Se creen unos irresistibles conquistadores, sobre todo cuando han bebido unas copas de champaña azul.

Ella le estudió curiosamente. Era muy bonita. Demasiado bonita y sugestiva para sentirse tranquilo cerca de ella, pensó Karvis. Casi comprendía las iras obstinadas del gordo. Una mujer como aquélla no era normal, ni siquiera en el «Kanguroo», a pesar de que Snake sólo contrataba chicas bonitas y elegantes. Pero quizá la rubia tenía algo más, indefinible y cautivador.

—¿Es usted otro cliente de Snake? — inquirió, tras un silencio dedicado a examinarle.

—En cierto modo — rio Karvis —; Bien, no quiero entretenerla más. Dijo que tenía cosas urgentes que hacer.

—Oh, ya lo entiende usted. Volver ahí dentro — señaló hacia el «Kanguroo» casi con asco —Snake controla siempre lo que tarda una empleada suya en volver. No le gustan demoras injustificadas, ni que una se entretenga demasiado con el mismo acompañante. Dice que va contra el negocio...

—Claro. Especialmente, porque ocurre fuera de su negocio — sonrió, mirando hacia el letrero luminoso del local. Una idea traviesa cruzó por su mente —. Pero si cambia de pareja y entra ahí de nuevo, ¿qué puede sucederle?

—Oh, nada — ella sonrió, con envolvente sugestión.

Y con graciosa rapidez, tomó, por el brazo a Karvis, sin apartar de él sus verdes ojos —. ¿De veras va a entrar conmigo, señor?

—Sí. Y no me llame así. Me hace sentirme viejo. Mi nombre es Larry Karvis. Larry para las chicas bonitas.

—Yo me llamo Agnes Kahr — dijo la belleza rubia,—: Agnes para los muchachos guapos y valerosos...

Karvis rio. Llevando a la bonita Agnes al lado, se encaminó hacia el «Kanguroo». Sentíase feliz. Y no sólo por la compañera que le había tocado en suerte para volver al local, sino pensando en la cara que pondría Snake cuando le viera nuevamente en su negocio con una de sus propias «chicas».

CAPÍTULO III

AGNES



AMPANA azul, caviar de pescados de Venus, y un ramo de rosas negras de Marte—suspiró Agnes, paladeando el primero, probando el segundo, en una corteza de crujiente galleta salada, y acariciando la celofana protectora de las flores negras marcianas —. Es maravilloso, Larry. Gracias por todo. Nunca recibí un convite tan delicado.

—¿Nunca? — puntualizó Larry, sin quitar de ella sus ojos.

—No, nunca. Los clientes ricos abundan. Pero no los generosos ni delicados con una mujer. Te aseguro que nadie me ofreció cosas tan deliciosas.

—Sin embargo, yo tengo un amigo que acostumbra a venir por aquí — dijo Larry con aire indiferente, pero sin quitar la mirada, escudriñadora, del rostro ovalado y bellísimo de Agnes, sentada frente a él en el perfumado reservado de mesa negra y espejeante, envueltos en efluvios de música, filtrándose por tenues amplificadores ocultos. Y ese amigo siempre convida a las chicas con estas mismas cosas: champaña azul, caviar de Venus y rosas negras de Marte. ¿Seguro que nunca te encontraste con él?

—Llevo poco tiempo aquí. Seguro que nunca lo encontré, Larry.

—Oh, él tampoco hace mucho que viene — sonrió Karvis —. Es mayor, no un chico como yo. Tiene el cabello gris, salpicado de blanco. Se llama Silas; Silas Caldwell.

Si Agnes sabía algo del desaparecido era una actriz portentosa y tenía un dominio de sí misma, realmente prodigioso. No movió un músculo, no parpadeó. Siguió mirando a Karvis y finalmente declaró, encogiendo suavemente sus hombros:

—No sé. Nunca oí ese nombre antes. Ni creo que conozca a tu amigo... — Sorbió más champaña azul, burbujeante y helado—. Pero dejemos eso. Háblame de ti. ¿Qué eres tú, Larry?

—Un tipo vulgar. No creo que merezca la pena hablar de mí, Agnes. Si acaso, de ti. Eres un tema mucho más interesante y sugestivo. ¿Cómo una chica como tú ha podido venir a parar a mi club nocturno?

—Son cosas que suceden sin que una misma sepa cómo. Pero te aseguro que no trabajo en nada denigrante ni me avergüenzo de estar aquí. Es una

labor como otra cualquiera. Tiene cosas desagradables... como lo de antes con Carruthers. Y otras cosas que no lo son. Como este rato de ahora.

—No he pretendido desmerecer tu trabajo, Agnes.

No soy de esa clase de tipos que entienden la vida estrechamente. He conocido otros ambientes, buenos y malos. Éste no es bueno ni malo. En realidad, ninguno lo es si uno no hace que lo sea para sí mismo. Lo que me sorprendía es pensar que una muchacha como tú estuviera aquí, en el «Kanguroo». No sólo eres bonita. Tienes... tienes «algo». No sé el qué, pero es algo diferente.

—Es lo que siempre se dice a todas las muchachas que uno conoce — sonrió Agnes.

—No, no es eso. En esta cuestión hablo en serio, Agnes. No eres una chica vulgar ni nada de eso. He advertido distinción en ti. Me gustaría saber cómo has llegado a trabajar en un club nocturno de Melbourne. ¿Eres australiana?

—No. Soy norteamericana de nacimiento. E hija de franceses; mis padres trasladaron su residencia a Sidney y allí murieron. No me dejaron precisamente en muy buena posición económica, ni tampoco me dieron estudios amplios. Todo fue un poco por culpa de mi padre. Jugaba y en el juego perdía el control de sí mismo. De ese modo mamá tenía que ocuparse de todo y finalmente enfermó. Australia no le sentó bien. Al perder papá su fortuna en el juego no fue de los que se suicidan. Pero el resultado vino a ser el mismo. Un día que, desesperado regresaba del casino, le atropelló un turbocar. Murió en el acto. Esto acabó con el corazón de mi madre. Un año después estaba sola. Y no es fácil abrirse camino hoy en día, Larry. Nuestro mundo actual es duro y difícil si una no tiene amplios conocimientos técnicos. El final fue éste. ¿Crees, ahora que la has oído, que mi historia tiene algo de fascinante? Es más bien triste y lamentable, Larry.

—Es triste, pero no lamentable. Lo único penoso es que perdiste a tus padres, Agnes. Pero sé que éste no es el final de una chica como tú. Hay otras metas mejores.

—¿Por ejemplo?

—Casarte.

Ella se echó a reír de buena gana. Luego probó un poco de caviar y de champaña azul y volvió a encoger sus hombros.

—No digas tonterías. Una chica de un club nocturno rara vez se casa — dijo amargamente.

—Eso decían nuestros abuelos, allá por los finales de la Segunda Guerra Mundial, a mediados del siglo pasado —rio Larry Karvis —No debes ser anticuada. Vivimos en el siglo XXI.

—A veces lo moderno no se diferencia demasiado de lo antiguo — dijo ella con tono cansado —. Unos y otros nos asemejamos bastante, a pesar de la diferencia en el tiempo.

—No opino igual. Yo, por ejemplo, he visto casarse a chicas de mucha peor condición.

—Sinceramente, Larry. Si ahora te lo dijese, ¿te casarías tú conmigo?

La pregunta de Agnes era valiente, no cabía duda. A Larry le gustó. Y también le gastó darle la respuesta que él sentía. La que menos esperaba Agnes quizá.

—Sí. Me casaría contigo. Ahora mismo.

Ella, le contempló entre sorprendida y escéptica.

—Debes de estar casado — dijo por fin — Sólo así se comprende que hables de esa forma. O te cogería la palabra, Larry.

Larry Karvis contempló fijamente a la muchacha de pelo dorado y ojos color jade, que le contemplaba desde el otro lado de la mesa. Por un momento las cosas le parecieron extrañamente distintas a como lo fueron siempre. Era como si la mirada de aquella mujer hiciera el milagro. No le importaba lo atinado o lo erróneo de su criterio. No le importó absolutamente nada cuando respondió, sereno el tono, grave la expresión:

—Ya me has cogido la palabra, Agnes. Seré tu marido... si tú no estás casada y me aceptas como esposo, llegado el momento.

Hubo un silencio. Ella parecía más sorprendida que nunca. Luego, miró las copas mediadas del azulino, transparente licor espumoso. Rio entre sus labios carnosos y rojos, comentando suavemente:

—El sueño de una noche con champaña azul, Larry. Es bonito. Y, como todo lo bonito, es falso.

—Agnes, yo....

—Calla. — Ella, súbitamente, puso la mano en su boca, cerrándosela a la fuerza, aunque con suavidad —. No hables, querido. Es hermoso pensar esto. Me amas y te amo. Vamos a ser marido y mujer. Una dorada mentira, regada con champaña azul, entre caviar de Venus y rosas negras de Marte... Se parece bastante a un cuento de hadas. Sólo que las hadas ya no existen, Larry. Y los cuentos maravillosos de los niños hace lustros que dejaron de ser materia digna de crédito.

—Agnes, no puedo decirte que vaya a casarme contigo hoy o mañana — dijo Larry con voz firme —. Pero sí que cuando volvamos a encontrarnos no vacilaré en pedirte. No vas a creerlo, pero no importa. Me bastará con que, llegado el momento, me digas sí.

—Por Dios, Larry, olvida eso. — Ella tomó champaña azul. Un trago demasiado largo. Luego volvió a llenar la copa, sin que Larry Karvis hiciera nada por impedirlo. Con una risa, Agnes Kahr añadió tras una pausa —: Brindemos, querido. Por unos momentos felices, en una noche que empezó mal y terminó bien. Por ti, mi desconocido Larry Karvis... y por mí, mi demasiado conocida señorita Agnes Kahr...

Alzó la copa y bebió sin un respiro. Larry la imitó en silencio. Las copas

chocaron tenuemente sobre el negro espejeante de la mesa. La música, en torno suyo, era como una droga, capaz de adormecer los sentidos. Sutil y peligrosa, dulce y penetrante a la vez.

—¿Bailamos? — preguntó Larry, empezando a incorporarse.

—Sí — respondió Agnes, poniéndose en pie.

Ambos, enlazados con tibia proximidad, danzaron por el reservado, lleno de acordes melódicos brotando de todas partes, y de perfumes diversos y embriagadores, que parecían surgir de suelo y paredes.

De súbito, en pleno baile, Larry soltó su primera pregunta:

—Busco a un amigo, Agnes. El que te dije antes. Mayor, de pelo canoso y aire intelectual. Estuvo aquí una noche. Convidó a alguien a champaña azul, caviar de Venus y rosas negras de Marte. ¿Sabes qué chica pudo ser ésa? Reservado 11-F...

Agnes pareció sufrir una sacudida eléctrica. Sin soltarse de los brazos de Larry, miró a éste con expresión dolorida. Luego, tras una pausa difícil, respondió:

—Entiendo. Era eso, ¿verdad, Larry?

—No, no era eso — respondió Karvis —. Pero me interesaría saber. Tú puedes ayudarme...

—Claro. Yo puedo ayudarte. Por eso urdiste mentiras y bonitos cuentos color de rosa.

—No es eso. No interpretes mal lo que...

—Larry, hay una chica bonita, joven y provocativa, en la Sección F del «Kanguroo» — dijo de repente Agnes — Ve a buscarla. Seguramente habrá sido ella la compañera de tu amigo. Se llama Berta. Le gusta el champaña azul, el caviar de Venus, las rosas negras de Marte y el dinero contante y sonante de la Tierra. Es posible que te haga mejor compañía que yo.

—Agnes, espera. Yo lo que quiero es...

—No tienes que darme explicaciones. No me importa lo que quieras. — Se desasíó de él, irguió su figura hermosa en el centro del reservado — Buenas noches, Larry. Y gracias por todo.

—Agnes, espera. Yo... yo soy una persona obligada a buscar a...

—Te repito que no te pido explicaciones. Adiós, Larry. Encontrarás a Berta en el palco de las chicas. O tal vez en su casa. Creo que vive en Highway Park, pero no sé el número. Ella es diferente a mí; le gusta esto.

Y le gusta divertirse y divertir a los clientes. No te decepcionará.

Larry Karvis la contempló. Era como si, de repente, un muro de hielo le separase de Agnes. Sabía que sería inútil cuanto intentase en el sentido de disuadirla de su obstinada posición actual. De modo que obró de acuerdo con lo que las circunstancias exigían.

—Está bien — dijo —. Buscaré a Berta. Gracias, Agnes. Gracias... por

todo.

Cruzó la estancia, tirando antes sobre la mesa de negro espejeante una moneda de cien créditos. El «Kanguroo» era un local costoso. Sobre todo, con caviar venusino, rosas marcianas y champaña azul. Y con una mujer como Agnes.

La puerta se cerró tras él. Agnes se quedó inmóvil, contemplándola. Luego se dejó caer en la mesa, estallando en sollozos. Sentíase muy desgraciada. Y lo expresaba ahora, cuando estaba sola, cuando su compañero de aquellos felices momentos, en el reservado del «Kanguroo», se hubo marchado.

El llanto brotó, incontenible, de los hermosos ojos verdes...!

* * *

—¿Se ha marchado ya ese tipo de la SIP, Luigi?

—Sí, patrón — respondió el italiano ancho y moreno, de abultadas ropas a la altura de su funda sobaquera —. Acaba de dejar a la chica, en el reservado, a Agnes, la rubia. Ha salido a la calle.

—Muy bien. — Los ojos crueles y duros de Snake se entornaron peligrosamente —. Avisa a Felder y a Marko. Que se cuiden de él. A fondo, ya sabes. Una buena paliza hará maravillas.

—De acuerdo, patrón. ¿Algo más?

—Sí. Tú cuídate de Agnes. No necesitas estropearle el físico. Es muy bonita para eso. Pero así aprenderá a no pegarse a quien no le conviene. Unos cuantos golpecitos estratégicos la dejarán como nueva. A veces conviene asustar un poco a las chicas. Así siempre mantienen la disciplina. Tú ya sabes lo que es la disciplina. Conviene recordársela de vez en cuando.

Luigi asintió.

Era italiano. Un italiano de mala vida, capaz de todo lo peor, si el patrón pagaba. Alguien había dicho que siempre había italianos en todas partes, sobre todo en los sitios de mala vida. Quizás exageró. Quizás había también muchos italianos entre la buena gente. Pero, desde luego, Luigi no podía ser considerado un ejemplo de tal especie, sino de la que citaba la maledicencia.

—Claro, patrón — dijo servilmente como cualquier viejo súbdito de la vieja y caducada «Maffia» —. Yo me cuido de ella. Felder y Marko harán el resto con ese tipo de la SIP.

—Pero adviérteles que no quiero conflictos personales. Deberán dejar que esté lejos de «Kanguroo». Una vez en cualquier lugar alejado de Melbourne pueden hacerle un montón de caricias. Sin que haya pruebas de que fue cosa mía, ¿eh?

—Por supuesto, patrón, por supuesto... —rio entre dientes el latino Luigi.

* * *

Larry Karvis frenó su turbomóvil enérgicamente a la altura de Cross Highways, en el Nivel Cuatro de las rutas aéreas de Melbourne. Ante él, otro automóvil impedía el paso, y dos hombres, inclinados sobre él, trataban en vano de repararlo. Uno, al verle llegar, había hecho señas de que se detuviera.

Karvis lo hizo. El hombre que le hiciera señas se aproximó con paso rápido y expresión cohibida. Cuando el agente de la SIP abrió la portezuela, el otro explicó, contrito:

—Tuvimos una avería, señor. No sé lo que le sucederá al motor, pero la turbina retropropulsora no funciona. ¿Usted entiende de vehículos?

—Algo — dijo parcamente Karvis —. Veamos esa avería...

Se acercó al coche, inclinóse sobre el abierto mecanismo de retropropulsión. En el acto advirtió algo alarmante. Todo estaba en orden. No había fallos ni averías, ni siquiera nadie se había molestado en hurgar allí.

Quiso reaccionar con rapidez, evitar lo inevitable. Era tarde. Ya el hombre que hablara de averías se lanzaba sobre él con un objeto contundente en sus manos: una llave magnética, que disparó violentamente sobre su sien.

Karvis eludió el golpe. A pesar de ello, la llave magnética le hirió de refilón en el cuero cabelludo. Sintió el cortante roce entre el cabello y, mientras el dolor le paralizaba, cayó de rodillas ante el turbomóvil, sintiendo gotear algo cálido y espeso entre su cabello. La naturaleza de aquel «algo» no era demasiado difícil de imaginar a fin de cuentas.

—¡Duro con él, Marko! —oyó decir al otro hombre —. ¡Otro golpe será bastante!

—No, no debemos matarlo — arguyó el tal Marko, llegando borrosamente su voz hasta Larry —. Sólo darle un buen escarmiento para que no se meta en jaleos.

Larry Karvis sintió que el otro se aproximaba, y un pie le golpeó brutalmente en el mentón. Rodó por la aerovía y sólo la amplitud de ésta impidió que pudiera saltar al vacío desde aquella altura.

Pugnó, sin embargo, por ponerse en pie con un supremo esfuerzo de voluntad. Lo único que logró fue encontrarse con un puño macizo y rotundo, que se aplastó contra su faz, haciendo saltar sangre de su boca y nariz y lanzándole aparatosamente por el suelo una vez más.

—¡Duro, un poco más, y tendrá un buen escarmiento! — aulló el llamado Marko —¡Dale fuerte, Felder!

Felder le dio fuerte por tercera vez, ahora con su rodilla derecha, que se estrelló en su pecho furiosamente cuando intentó levantarse para repeler la cobarde agresión de los dos esbirros. Karvis fue hacia atrás con violencia y pegó con la nuca, en el suelo plastometálico de la aerovía. Allí se retorció, gimiendo entre dientes.

—¡Ya basta, Felder! —voceó el llamado Marko —. ¡Vámonos ahora!

Pero el tal Felder no quiso dejar inconclusa la tarea sistemática llevada a

cabo con Karvis. Pudo haberlo hecho, tal y como Marko se lo decía, y acaso las cosas hubieran sido muy diferentes. Pero no lo hizo. Se movió, embriagado de crueldad feroz, hacia el vencido Larry. Ahora, una vez en pie junto a él, crispado el innoble rostro del agresor por un sádico placer que sólo podía satisfacer machacando virtualmente al caído, alzó su pierna para patear en completa impunidad la cara ensangrentada del agente de la SIP, mientras su compañero, saltando al volante del turbomóvil, le apremiaba con voces energicas para alejarse rápidamente de allí.

Larry Karvis no podía apenas moverse. Pero una titánica fuerza interna, un deseo febril de supervivencia, le mantenía consciente. Le mantuvo alerta justamente cuando Felder levantaba el pie para dejarlo caer con bestial virulencia contra la faz del caído.

A Karvis le bastó girar el cuerpo, estirar las manos y aferrar rudamente el pie del agresor. Felder lanzó un ronco grito de sorpresa al sentir que perdía el equilibrio.

Y ello sucedía justamente en el borde del sendero aéreo, donde ahora yacía Larry. El tirón violento de su pierna derecha hizo perder todo sentido del equilibrio a Felder.

Osciló éste, con un chillido horrible, dando trompicones hacia el borde mismo de la aeropista de plastmetal que circundaba Melbourne a una considerable altura sobre sus edificios. Luego, en una zambullida escalofriante, saltó al negro impenetrable de la noche, más allá del breve reborde de la ruta de aerovías y turbomóviles urbanos.

Larry Karvis reaccionó ante la tremenda consecuencia de su acción. Se incorporó a medias, sacudiendo la sangre de sus ojos y boca para ver mejor lo sucedido. Ya no había remedio. El agresor había saltado a la nada, al vacío, a la muerte, desde cientos de metros de altura sobre el nivel de las calles...

Se volvió, mientras el sistema retropropulsor del turbomóvil detenido se ponía en funcionamiento con urgencia, y el hombre inclinado sobre el volante, el llamado Marko, aceleraba lo más posible, al arrancar, en su esfuerzo por huir al hombre que, con una simple acción defensiva, había salvado su físico de un destrozo total... enviando a la muerte al hombre que trató de destrozarle momentos antes.

—¡Alto! —gritó abruptamente Karvis—, ¡Alto en nombre de la ley! ¡Deténgase!...

Pero el otro no pensaba en detenerse, ni mucho menos. Las voces autoritarias de Larry fueron perfectamente inútiles. Marko ya estaba en fuga, dejando tras de su turbomóvil, en vertiginosa carrera, un rastro de humo denso y muy blanco, mientras vomitaban llamas las turbinas de su vehículo.

* * *

Agnes Kahr clavó sus ojos asustados en el hombre de la pistola magnética.

—¿Es que va a matarme tal vez? — preguntó, con voz tensa. Mantenía su valor, pero había perdido el color suave de sus mejillas, cambiado ahora por una lividez propia de quien tiene miedo, pero se niega a aceptarlo —Dígame, ¿piensa matarme?

—Todo pudiera ser, señorita Kahr — dijo con voz apagada Luiggi. Sus ojillos oscuros, crueles, se entornaron, clavados en ella, con expresión diabólica, perversa. Parecía gozar con el terror lógico en una hermosa mujer ante su inquietante presencia —Usted hace cosas mal hechas. Y por eso tengo que darle un escarmiento. Puede que sea algo duro con usted. Y de veras lo sentiré, pero creo que no hay otro remedio.

—¿Escarmiento? ... ¿Duro conmigo?... ¿Qué significa eso? ¿Me amenaza con el daño que piensa hacerme?— inquirió ella, irguiéndose con aire altivo.

—Pudiera ser que sí. Todo depende de cómo vayan las cosas, señorita Kahr...

—¿Qué cosas? ¿Por qué ha de atacarme, por qué amenazarme? No he hecho nada malo, no he perjudicado a nadie... El patrón no tiene por qué enfurecerse contra mí...

—¿El patrón? —Luiggi entornó sus ojos más aún, hasta convertirlos en dos oscuras, estrechas y brillantes ranuras fijas en ella — ¿Qué patrón, señorita Kahr?

Agnes dijo:

—Usted me entiende. Hablo de Snake. No le he hecho jamás el menor daño o perjuicio...

—Yo no he dicho que Snake me envíe. Ése es «su» patrón; no el mío... — rio Luiggi.

—Es inútil mentir. Usted es uno de sus hombres. Snake le envía. ¿Qué teme? ¿Que vaya a denunciar a alguien sus feos negocios? Sé que hace cosas dignas de años de prisión. Pero no creo que yo ni nadie pudiera demostrarlo ante el Gran Jurado Internacional. Por tanto, es estúpido temer nada de mí...

—Lo malo de las chicas bonitas y engreídas como usted, señorita Kahr, es que abren los ojos demasiado pronto y saben más que los demás. Eso es peligroso para ellas. Muy peligroso, la verdad... Por eso estoy yo aquí. Es posible que no le vuele los sesos con un disparo corrosivo, ni que la reduzca a una parálisis definitiva con una carga magnética. Pero voy a dejarle ciertas huellas en su bonita cara que nadie va a gustar de ver una vez acabe con usted, mi bella chismosa.

Había guardado la pistola magnética. Pero lo que extrajo era cien veces peor. Agnes contempló con horror la afilada hoja de acero, de punta roma, con carga eléctrica en el mango, que convertía el arma en un conductor de corriente abrasadora. Un par de cortes con aquel cuchillo eléctrico en la faz de un ser humano convertían a éste en un monstruo atroz, de rostro sangrante y chamuscado.

Y eso era justamente lo que el cruel Luiggi se disponía a hacer ahora, avanzando paso a paso hacia la acorralada Agnes. Ella, lívida y desesperada, se dejó acosar, arrinconar, hasta que no tuvo salida posible, en el camerino del «Kanguroo» destinado a las muchachas que, una vez cumplida su labor de captación de clientes, se arreglaban para volver a sus casas. Dado lo avanzado de la hora, Agnes era la única en el camerino. Luiggi iba a tener una fácil tarea para desfigurar la hermosa faz de la rubia de verdes ojos.

—¡No!—gritó ella, estirando una mano convulsa—. ¡No haga eso! ¡No se atreverá...! ¡No puede haber... algo tan horrible!...

Luiggi rio. Aguda, cruelmente., sin apenas despegar los labios. Lo hacía así siempre que tenía oportunidad de realizar alguna tarea como aquélla. Su sádico placer por la destrucción de todo lo que fuese bello le producía esa insana, perversa complacencia.

Se movió más y más. Estaba ya sobre Agnes. Y el puñal eléctrico iba a herir certera, cruelmente, el hermoso rostro de la asustada muchacha....

CAPÍTULO IV

SENDA DE VIOLENCIAS



A hoja de azulado acero estaba ya muy cerca de su piel cuando la puerta del camerino se abrió con violencia y un cuerpo humano penetró como un obús en la estancia, lanzándose contra el hombre que esgrimía la mortífera arma blanca de empuñadura eléctrica.

Luigi presintió en seguida que algo anómalo sucedía a su espalda. Rápido, se olvidó de Agnes, que por ser mujer resultaba menos peligrosa que cualquier otra persona que hubiera intervenido en la escena.

—¡Fuera de aquí, intruso! — aulló, amenazando con su arma azulada, centelleante, a la persona que acababa de penetrar en el camerino—. ¡Fuera! ¿Me has oído? ¡Es una orden!

—¿Una orden de quién, cerdo? — replicó Larry Karvis, erguido en medio de la estancia —. ¿Tuya o de tu amo, el sucio Snake?

Luigi, furiosamente, cargó contra el intruso. Saltó sobre Larry con la repentina y elástica precisión de un animal selvático, arma en alto, para incrustarlo, con una carga abrasadora, en la carne de su enemigo.

Sólo que Larry Karvis no era una víctima propiciatoria a la agilidad y destreza agresiva del italiano. Cuando Luigi cayó en el sitio exacto que ocupaba un segundo antes Karvis éste se había desplazado, con una vertiginosa maniobra de sus músculos, hacia otro lugar del camerino, totalmente opuesto, desde el que vio rodar a Luigi sobre el pavimento.

Luigi saltó con elasticidad felina sobre sus miembros, flexionados en la dura caída para impedir el impacto en el suelo, y giró en redondo hacia él, sintiendo acrecentada su furia.

Larry Karvis, a pie firme, esperó la nueva arremetida del asesino a sueldo. Luego, con fulgurante rapidez, eludió de nuevo el choque. Con la desgracia para Luigi de que, esta vez, se encontró en pleno rostro el puño de Larry, Con un violento mazazo que le hizo tambalearse y perder el equilibrio. Luigi no supo controlar sus movimientos, ni tampoco se resolvió a tirar el cuchillo eléctrico, quizá por miedo a quedar inerme ante su adversario.

Ésa fue su auténtica ruina. Porque Luigi se abatió de bruces contra un mueble metálico, donde su cuchillo golpeó, produciendo un violento ramalazo de chispas azules. Su mano, alcanzada por los chispazos eléctricos, soltó el arma. El puñal chocó en la superficie metálica, con una nueva ráfaga de

chispas, y rebotó contra Luiggi.

Éste chilló horrorizado al ver venir hacia él la hoja de acero roma, que pegó de lleno en sus ojos. Hubo un nuevo estallido de chispas, esta vez crepitantes y lívidas, y un aullido de agonía de Luiggi al sentir arder sus ojos bajo la descarga eléctrica, que debió llegar directamente a su cerebro.

Un segundo después Luiggi yacía de bruces, inmóvil. Larry Karvis, que advirtió la forma en que se había herido el italiano, no necesitó ni siquiera examinarle para saber que estaba muerto.

Alzó la cabeza y miró a Agnes, que respiraba entrecortadamente; con horror. Larry dijo simplemente:

—Me atacaron en la ruta aérea. Eran hombres de Snake. Imaginé que a ti podía sucederte algo parecido, Agnes. Y acudí a ayudarte. Veo que fui oportuno y que no andaba equivocado en mis suposiciones.

—Ciertamente que no — suspiró ella —. Gracias, Larry. Gracias una vez más. No sé cómo agradecerte esto... Pero ese hombre... ¿Está... está...?

—¿Muerto? — Larry meneó afirmativamente la cabeza—. Sí, está muerto. Él mismo se aniquiló... Vamos, Agnes, sal de aquí. Tienes que ponerte a salvo de las iras de Snake o ese cerdo te aplastará. Es muy capaz de eso, hoy lo ha demostrado.

—¿Crees que todo esto es cosa suya?

—No es que lo crea. Estoy bien seguro de ello, Agnes. Muy seguro...

Ella no dijo nada. Se dejó tomar por el brazo, musculoso y protector, de Larry Karvis. En el rostro del joven agente de la SIP estaban aún recientes las huellas de la reciente lucha en la aeropista. Aquélla, como la de ahora por salvar a Agnes de un grave peligro, había tenido mal final para los, esbirros de Snake: dos de sus hombres hallaron la muerte de luchar contra Larry Karvis. Sin que éste les tocara de modo violento, llevados de su propia ferocidad, encontraron su trágico fin. Uno, en el vacío, estrellándose en el pavimento desde una altura formidable. El otro, electrocutado, abrasado por su propia arma mortífera.

Larry no se sentía demasiado satisfecho por esos triunfos, salvo en el hecho de que él continuara conservando la vida. Por otro lado, el caso encomendado estaba tan oscuro como al principio. Ni Silas Caldwell ni su invento aparecían por parte alguna; no había pistas a seguir en pos de ingenio e ingeniero. Y mientras dos hombres habían muerto ya, y él se había buscado dos enemigos de considerable potencia, cada uno en un terreno bien distinto: Snake, el prohombre del hampa y de los negocios turbios, por un lado. Carruthers, el magnate financiero, por el otro.

Había empezado mal.

—Evidentemente, mi querida Agnes, soy el hombre de las grandes complicaciones— declaró a la muchacha, saliendo ya del ahora desierto «Kangaroo», solamente ocupado por empleados que recogían mesas y asientos en una semipenumbra azulada.

Nadie les detuvo, nadie se opuso a que salieran del local. Snake era una maldita rata que sabía hacer bien las cosas, pensó Karvis. Cuando esperaba que Agnes Kahr resultara mutilada o muerta por la agresión de uno de sus esbirros, él procuraba estar lejos de allí para eludir responsabilidades, y no notificaba a persona alguna lo que iba a suceder dentro del local.

Ahora, mientras subían al turbomóvil de Karvis, éste pensó con ironía en la decepción que Snake tendría, en el ataque de ira violenta que le daría cuando supiese que Felder y Luigi, dos de sus esbirros, habían sido eliminados. Y ambos por un agente de la «Spacial International Police». Larry Karvis.

—¿Qué vas a hacer ahora, Larry? Snake te guardará rencor mientras viva — dijo Agnes cuando Karvis ponía en marcha su vehículo, avanzando a través de la luminosa y radiante noche de Melbourne —. Tienes que hacer algo para protegerte de sus iras. Es un hombre muy fuerte y despiadado.

—No te preocupes por mí — rio Larry —. Sé cuidarme solo, querida. Ahora no pienso hacer nada relacionado con Snake. Al menos, nada que yo imagine que tiene relación posible con él. Voy a buscar a una chica de la que me has hablado antes.

—¿Berta? —De nuevo la amargura asomó al gesto decepcionado de Agnes,

—Eso es: Berta. Es una chica que me interesa muchísimo. Pero me gustaría saber dónde puedo encontrarla ahora.

—En ningún sitio de buena nota, ciertamente — dijo con cierta sequedad Agnes —. Cuando sale del club suele irse a los garitos de juego de las afueras de Melbourne. Prueba en el «Austral Circle». Allí la encontrarás.

Y lo bastante bebida como para hacer lo que le ordenes.

El rencor rebotaba en la voz amarga de Agnes. Larry la miró, sonriente. Hubiera querido decirle algunas cosas para que pensara de otro modo, pero quizá no fuera prudente. Snake sabía ya quién era él. Eso bastaba, a fin de cuentas. No tenía por qué ir declarando a voces su identidad de agente de la «Spacial International Police». Le sobraban conflictos aún sin llegar a eso.

Por ello calló, en vez de hablar, y continuó adelante con el turbomóvil. Miró de soslayo a Agnes, comprendió su malhumor y la necesidad de dejarla a salvo en alguna parte antes de que él se lanzara a nuevas aventuras. La interrogó entre dientes:

—¿Adónde te llevo, pequeña, antes de ir a buscar a Berta a esos lugares de vicio?

—A mi casa, Larry — dijo ella secamente —. New South Avenue, 1.473, edificio Havoc.

—Muy bien — suspiró Larry Karvis, haciendo un poderoso esfuerzo para no revelar la verdad de todas sus andanzas nocturnas a la bella rubia que iba junto a él—. Te dejaré allí. Ya pasaré a verte otro día

Agnes dijo

—Sería mejor para los dos que no lo hicieras, Larry. Te estoy muy agradecida por todo. Pero aún te lo estaría más si no volvieras a hacer nada por verme. Te recordaré siempre como a un caballero, joven y arrogante, a quien conocí una noche, y al que apenas llegué a tratar. Será un bello recuerdo, Larry. Eso será suficiente para mí.

Karvis meneó la cabeza, afirmativamente, sin decir nada. Sentía un nudo en la garganta y optó por no hablar. Era mejor así. El turbomóvil devoró la, distancias urbanas de la gran ciudad australiana, en dirección a New South Avenue.

* * *

El «Austral Circle» podía haber sido un lugar digno y respetable. Pero jamás lo hubiera parecido. Aquella figura femenina en fluorescente rojo y aquel indicador, con cifras de ruleta, naipes de póquer y bolitas del azar, en luces cambiantes, sobre la fachada blanca, alta y esbelta, eran una buena muestra para todos, un señuelo de indudable eficacia para los palurdos provincianos que visitaran Melbourne en busca de diversiones nocturnas.

Eso era concretamente el «Austral Circle». Y allí iba a entrar ahora Larry Karvis, agente especial de la SIP.

Un portero que flotaba en una gran burbuja plástica de color verde brillante, girando en órbita en torno al «Austral Circle» le saludó grotescamente desde el interior de su cabalgadura esférica de plástico verde, y aquel solo gesto bastó sin duda para mover un resorte. Por tanto, era algo más que una simple salutación cordial.

Las puertas circulares del «Austral» se descorrieron. Eran dos, en forma de un ocho apaisado, unidos ambos círculos en un solo punto. Verde una, roja otra. La detonante mezcla de colores y luces parecía ser la normal habitual en el establecimiento destinado a juego de todas clases, donde dejar fortunas en un vano empeño por ganar algo...

Larry Karvis entró. En el acto unas bandas magnéticas que cruzaban rápidas ante las puertas le tomaron sobre su cinta en movimiento, que le trasladó automáticamente, entre parpadeos de luces multicolores y extraños aromas embriagadores, hacia una gran sala de enormes proporciones, muros espejeantes, mesas de juego y ambiente delirante y enloquecedor, con la diosa fortuna de las viejas mitologías derramando oro sobre los clientes desde su trono en el techo, de forma cupular, radiante de tonos de oro y plata. Sólo que el oro que imaginariamente caía en cascada sobre las cabezas ávidamente inclinadas ante las mesas de eterno y fascinante verdor era simplemente gas dorado, al que una proyección de sombras daba el aspecto de torrentes de monedas, que pronto se diluían en el aire.

Todo estaba medido allí para dar la extraña impresión de un mundo nuevo, fabuloso y tentador. Sin saber por qué, Larry evocó un cuento de su infancia: el venerable y cautivador «Pinocho», con la ciudad deslumbradora de vicios

adonde los niños malos eran conducidos.

El sistema magnético de traslado, los perfumes excitantes, las luces y juegos de colores y reflejos, eran hábiles procedimientos para alterar el equilibrio del visitante, para sumergirle voluptuosamente en un clima de vicio y de derroche irreflexivo. Claro que el sistema fallaba con la mente de Larry Karvis. Él, como agente de la SIP, había pasado por una dura educación mental, por una serie de pruebas síquicas que le mantenían en guardia contra toda influencia externa sobre su mente y sus nervios. Era una de las asignaturas fundamentales de los hombres de la «Spacial International Police», en su aprendizaje en la Escuela Espacial de Washington, antes de ser admitidos como agentes activos.

Larry, pues, se acercó a las mesas de juego en plena posesión de su voluntad. Dados de plata, rojos o verdes, saltaban sobre los tapetes. Ruletas electrónicas, juegos de habilidad, con premios formidables, rara vez alcanzados, partidas de póquer, iguales a las de cientos de años atrás. Era un carrusel impresionante de vicio, de delirio de ganancias... Y allí, bajo el raudal de falso oro de la cúpula, solamente derrota, fracaso, ruina para los que confiaron en la veleidosa Diosa que presidía aquel templo del Vicio.

—¿No juega, amigo?

Se detuvo en seco, sorprendido. No había nadie ante él ni cerca de él. Pero la voz le llegó de muy cerca. Miró más atentamente y, cuando la voz repitió su pregunta, ya había logrado localizar el punto exacto de donde llegaba:

—¿No juega, amigo? —le estaban repitiendo, con la monotonía de un disco rayado.

Y debía de ser un disco o una cinta magnetofónica. La voz emergía de la rendija disimulada en las fauces de un muñeco grotesco y pagano, de ojos luminosos, boca llameante y manos abiertas, en oferta constante, con un mazo de naipes y unos dados. Karvis parpadeó. De repente, una de las manos de la figura se había movido, pareciendo haber escamoteado ante sus ojos el mazo de cartas que fue suplido por un montón de fichas rojas, negras y azules, con cifras en ellas. Todo estaba preparado.

—Vamos, juegue —dijo la voz mecánica—. Yo le invito, amigo. Tome dinero y juegue. Aquí está entre amigos...

Larry Karvis miró en derredor, con sorpresa. La oferta del muñeco era para, él. No había nadie más que no jugase en aquella sala, de locos y obsesionados. A pesar de ello, no tomó las fichas. Lo menos había allí mil créditos. No le gustaba aceptar regalos, ni siquiera de un monigote plástico de voz y movimientos mecánicos.

—Vamos, acepte, amigo. «Gambler» hace su oferta en seno. Es una muestra de buena voluntad. No tiene que devolver ese dinero. Es un regalo.

Esta vez no fue la voz mecánica la que habló. Provenía de alguien situado junto a él. Se volvió y contempló al hombre que hablara. Era alto, muy enjuto, pálido, de largas manos sensitivas, de ojos ardientes en una faz huesuda,

sumamente larga y astuta de gesto. El negro cabello caía abundante sobre la nuca, tan largo como lo llevaría un jugador del antiguo Oeste de doscientos años atrás. Incluso vestía totalmente de negro. La sedaplast de su ropa, bajo los juegos de luces, brillaba como si estuviera metalizada.

—¿Quién es usted? —preguntó secamente Larry, sin moverse.

—Permita que me presente — se inclinó, solemne y reverencioso, ante Karvis —. Soy Wannah Wallah, dueño del «Austral Circle». Algo así como el amo del juego en Melbourne. Debe aceptar lo que «Gambler» le ofrece, señor. «Gambler» es un buen amigo, aunque sea inanimado. Posee una especial disposición para detectar la presencia de extraños, de visitantes no habituales. Y si no juegan, les decide a jugar. Y si no tienen dinero, se lo ofrece.

—Yo tengo dinero. Pero no me gusta jugar.

—¿Ni siquiera con el dinero que le regala «Gambler»? —y sonrió Wannah Wallah, el hombre de extraño aspecto y extraño nombre.

—Ni siquiera así.

—Notable —le observó en silencio, con una media sonrisa en sus labios sin color—. Sin duda posee una gran voluntad. Un cerebro equilibrado, firme. No siente tentaciones.

—Como todo el mundo —dijo Larry—. Pero las domino.

—¿Todas las tentaciones?

—Casi todas. Tal vez cuando veo a una chica bonita me vuelvo más débil. Como todos.

—¿Desea la compañía de alguna chica bonita? —Wannah Wallah hizo un gesto gracioso, elástico. Parecía un hombre de goma—. Dígamelo y la tendrá. Tome una chica. Y tome el dinero que le ofrece «Gambler». Juegue después. Todo eso es obsequio del Casino en su primera visita.

—Tal vez lo haga —sonrió Karvis, tomando de la mano del muñeco «Gambler» el montón de fichas, que comenzó a barajar entre sus dedos—. Pero hay una chica en especial que me gustaría ver. Un amigo me habló de ella, al hablarme del «Austral Circle». He venido por la chica.

—¿Sí? ¿Sabe su nombre?

—Berta.

Wannah Wallah no dijo nada. Su mirada estrecha, penetrante, estaba fija en Larry. No pareció particularmente interesado en el asunto. Luego, tras un silencio, desvió la cabeza y miró por la sala. Alzó su mano derecha, larga, huesuda y chascó sus dedos extrañamente. Un «croupier» pelirrojo se volvió. Le hizo una seña el jugador de negra ropa. Luego, señaló a alguna parte.

El «croupier» asintió y se volvió. Tocó con su raqueta de recoger posturas en el hombro desnudo de una chica de pelo plateado, tez bronceada y asombrosas gafas de montura roja y cristales plateados, de forma oblicua.

Ella miró al «croupier», luego a Wannah Wallah.

Y finalmente a Larry Karvis. Movié la cabeza y su melena de plata rozó su faz. Dejó de jugar y avanzó hacia Larry.

—Ahí la tiene, amigo —dijo el jugador-propietario—. Esa es Berta. La única Berta que conozco. Pero tenga cuidado. Tiene un amigo peligroso y propenso a los celos.

—¿De veras? —sonrió Karvis, sin dejar de mirar a la fascinante hembra que se acercaba.

Wannah explicó

—Sí. Además, es muy rico y violento. Se llama Budd Carruthers; es el amo de las Industrias Electrónicas de Eurasia y miembro político del Comité Científico Mundial...

Larry Karvis miró con estupor a Wannah Wallah. Esta vez sí; el inquietante dueño del garito había logrado sorprenderle. Y preocuparle.

Otra vez chocaba con Budd Carruthers, al parecer.

Y otra vez por causa de una mujer. Una mujer que, además, había sido la última en ver con vida a Silas Caldwell, antes de que éste desapareciese.

* * *

Era la última ficha. Una de cien créditos, generoso regalo del inanimado «Gambler». La perdió también. Karvis ya sabía que eso tenía que suceder. Sucedió siempre.

—No hubo suerte —dijo, apartándose de la mesa—. Nunca la tengo, pequeña.

Berta le miraba con curiosidad, a través de sus singulares gafas.

—¿Para eso me ha llamado? —dijo—. ¿Para qué le acompañe a jugar?

—No, no. Pero era incorrecto no dejar en las mesas el regalo de Wannah Wallah y de su, fiel y siempre quieto «Gambler» —rio Karvis jovialmente, tomándola por el brazo—. Vamos ahora, Berta. Daremos un paseo tú y yo.

—¿Adónde? —inquirió ella, recelosa.

—Ya veremos. Hay muchos sitios por dónde pasear — la llevó hacia la puerta —. Aquí me siento ahogado. No me gusta estar encerrado en garitos así, por bellos y sugestivos que sean.

Berta dijo:

—A Wannah Wallah no le gustará que nos marchemos. ¿Por qué no tomamos algo en el bar?

—Está bien. Tomaremos algo. ¿Qué te gusta? ¿Champaña azul y caviar de Venus? ¿Con una mesa adornada con rosas negras de Marte?

Berta se sobresaltó ligeramente. Giró la cabeza, miró fijamente a Larry, y éste creyó advertir repentino miedo en ella. Un estremecimiento tenue pero perceptible, hizo vibrar su carne bronceada.

—¿Por qué dices precisamente eso? —habló roncamente.

—No sé. Tal vez porque es lo que gusta más a todas las chicas como tú.

—Pues te equivocaste —dijo ella secamente—. No me gusta. Prefiero un combinado.

—Bien. Tomemos un combinado entonces —y la llevó hacia el bar, envuelto en luces azules y rojas—. Uno sólo, y luego a dar una vuelta, preciosa. O terminaré mareado.

—Eres un tipo raro —comentó ella. Y no dijo más, ni siquiera cuando les sirvieron los combinados.

Poco después, abandonaban el «Austral Circle». Lo último que vio Karvis, al salir del garito, fue la faz larga, pálida e inexpresiva, de Wannah Wallah, viéndoles marchar, con aire abstraído, ausente. Pero Karvis sabía que lo último que haría en aquellos momentos el astuto jugador, sería estar ausente de lo que veía.

Larry Karvis y Berta se movieron hacia el turbomóvil de Karvis, detenido frente al garito. Berta, ya junto a la portezuela, se volvió hacia Larry y le espetó bruscamente:

—Me gustaría que me dijeras algo, amigo.

—¿El qué, Berta?

—¿Por qué has venido a buscarme precisamente a mí?

—Ya se lo dije a Wannah Wallah. Un amigo me habló de ti. Te conoció en el «Kangaroo».

—¿Quién es ese amigo? —inquirió Berta.

—El del champaña azul y el caviar de Venus —dijo secamente Larry Karvis, clavando en ella sus ojos con firmeza—. ¿Lo recuerdas ahora? Se llama Silas Caldwell.

—¿Caldwell! —Berta retrocedió dos pasos. A pesar de las galas, sus ojos reflejaron algo vivo, intenso. Quizá miedo, terror—. Yo... yo no sé nada. Era... era un cliente como otros... No le hice nada... No sé nada...

—No he dicho que le hicieras nada. No te he acusado. ¿Por qué te asustas? —dijo fríamente Karvis—. Vamos, Berta, sube al coche. Hablaremos por el camino. Tengo mucho interés en que me cuentes algo. Lo que sucedió al final de vuestra reunión. ¿Por qué le citaste en el local de Snake... y qué hablasteis los dos, antes de que Caldwell desapareciera? Eso es lo que quiero saber. Y sólo tú puedes explicármelo.

—¿Te aseguro que no sé nada! —se encogió, atemorizada, clavando sus ojos dilatados en Larry Karvis—. ¡No tuve nada que ver en su desaparición! ¡Yo solamente le fui a ver porque me enviaron, porque alguien me designó para hablar con Caldwell y entregarle la caja!

—¿La caja? —el rostro de Larry reflejó viva tensión—. ¿Qué caja?

—Era... era la que tenía que darle a Caldwell... de parte de su amigo...

—¿Quién era ese amigo? ¿Tú sabes quién era el hombre que te dio la caja para Caldwell?

—Sí, sí, claro que lo sé —musitó ella. Su faz tenía el color del mármol—. Pero no... no puedo hablar... Me matarían...

—Nadie te matará. Yo te protegeré, Berta. Entra en el coche —dijo empujándola adentro—. Vamos, Berta, vámonos de aquí enseguida. Y

explícame quién fue el que te dio ese encargo para Silas Caldwell...

Estaban dentro del vehículo. Karvis cerró la portezuela y se dispuso a arrancar. Berta, al ver que se alejaban del garito, pareció más calmada. Se retrepó en el asiento, y dijo lentamente:

—Dios mío, quisiera salir pronto de todo esto. Yo no quiero verme complicada en nada. Me gustaría ir a la policía, que se enterasen de todo... No quiero callar más...

—Yo soy la policía —dijo Karvis, poniendo en marcha el turbomóvil, que arrancó a buena velocidad. Sonrió, alentándola—. De modo que puedes estar tranquila, pequeña.

—Oh, gracias a Dios —suspiró Berta, mirando con renovada confianza a Larry—. Te contaré todo, absolutamente todo... Desde que Sam Slaak, el ingeniero de Budd, me entregó de parte de éste la caja metálica...

—¿Slaak, el experto en electrónica? —se sorprendió Larry Karvis.

—Sí, él. Me dio la caja metálica en ausencia de Budd. Dijo que era para que yo la entregara de su parte a Silas Caldwell...

—Vayamos por partes, Berta. ¿Te refieres a que Slaak trabaja con Budd Carruthers, tu amiguito?

—Eso es. Budd tiene una Central de Investigaciones de Electrónica, en Camp West, Australia. Allí está Slaak, como jefe de ingenieros. Él me dio la caja y yo fui al «Kanguroo». Allí tenía que verme con Caldwell. Entregarle la caja y...

De repente, sin saber por qué, Larry Karvis se sintió inquieto. Tuvo la súbita sospecha de que algo andaba mal dentro del turbomóvil. A pesar de que no había nadie, a pesar de que estaba plenamente seguro de que, al entrar en el vehículo, el compartimento posterior estaba vacío y nadie podía haber entrado en su coche a turbinas.

Giró la cabeza. Es decir, pretendió girarla, con un movimiento tenso, rápido, lleno de alarma. Ya era tarde. Berta chilló y Larry sintió sobre su cabeza el impacto de algo sólido, durísimo, que parecía llegado de modo fantasmal, porque ni siquiera llegó a ver a nadie.

Se derrumbó en el asiento, con el tiempo justo para frenar instintivamente, el turbomóvil y evitar un desastre. Su rostro golpeó contra el volante semicircular, de duraplast rojo. Aún luchó por mantenerse consciente, mientras Berta chillaba más prolongadamente, con una espantosa sensación de horror y de angustia, quizá de agonía...

Pese a cuanto luchó por mantenerse erguido, fracasó. El impacto había sido muy duro. Y Larry Karvis se derrumbó definitivamente, encogido sobre sí mismo, contra el vitroplast del parabrisas.

Entonces, Larry ya no pudo oír el grito de agonía de Berta. Y menos aún, el trágico modo en que de súbito se cortó.

CAPÍTULO V

DARDO DE ORO



ESTABA muerta.

La habían matado justamente a su lado, y sin que él pudiera hacer nada por salvarla.

Larry Karvis contempló, perplejo, la figura encogida; crispada, de la bella Berta, que reposaba en un charco de sangre. Los ojos que contemplaron la muerte se clavaban, con horrible expresión, en el vacío. Sus gafas se habían quebrado en el suelo del turbomóvil.

Larry Karvis sacudió su cabeza, brumosa y confusa. Se tocó la nuca. También había sangrado. Y la sangre estaba seca. Se olió, intrigado... Sus ropas, su propia piel y cabello, despedían un extraño olor. Trató de recordarlo. Era intenso, dulzón. Parecía perfume de mujer, pero no lo era. Recordó de repente: olía a «vaszruy», la bebida embriagadora de las palmeras rojas de Marte. Un licor prohibido por la Ley, capaz de enloquecer a un hombre más que diez botellas de absenta.

Se incorporó lentamente. Aún estaba en el mismo lugar. El turbomóvil parado, en una aerovía de escaso tránsito, con las estrellas del hemisferio austral sobre su cabeza. El joven agente de la SIP contempló de nuevo a Berta. Su bolso de fibra de plata yacía en el suelo, abierto y desordenado. Quizás ella era aficionada al maligno «vaszruy», y al ser asesinada se había derramado un recipiente del potente licor.

Salió a la aeropista. El aire de la noche, fría y seca, le hizo bien. Dio unos pasos, teniendo que apoyarse en el turbomóvil. La ciudad, a sus pies, era como otro firmamento lejano y parpadeante de luces. La noche era silenciosa, hermética, como un arcón cerrado que ocultaba los misterios de que era testigo, siempre sin hablar, sin revelar el secreto.

Se aproximó de nuevo al vehículo. Miró atrás, al compartimento posterior que él creyera vacío y del que había brotado la muerte para Berta. El tapizado rojo estaba pisoteado, muestra evidente de que alguien viajó allí. Alguien que mató a la joven, silenciando para siempre sus labios.

Volvió junto a la muchacha e inclinóse sobre ella. Le dio vuelta al cadáver y lanzó una exclamación de perplejidad. Allí estaba el arma que mató a Berta. La más extraña y sorprendente de las armas que jamás viera en su carrera de

agente de la «Spacial International Police».

Un dardo de oro.

Clavado entre sus omóplatos, como una vieja flecha india, sobre la carne bronceada de su desnuda espalda emergía el penacho de oro vivísimo, centelleante. De oro era también la saeta, o al menos parecía serlo. Había perforado el cuerpo de Berta, asomando por el pecho su punta afiladísima. Y era también una punta dorada, de deslumbrante brillo.

Larry Karvis empuñó el arma, tratando de arrancarla de la herida. No le fue posible. Estaba incrustada hasta casi el penacho, con una fuerza brutal y espeluznante.

Se apartó, mirándose los dedos manchados de sangre. Sentíase aturdido, vacilante. No lograba pensar bien. La sucesión de violentos, terribles acontecimientos de aquella noche, habían logrado desconcertarle. Sentía que no era el hombre sereno y dueño de sí que fuera siempre. Precisamente ahora, que era cuando más necesitaba serlo.

Tenía que avisar a la Central de Washington. Donald Callowan tenía que conocer lo sucedido. Había existido una pista para dar con el desaparecido Silas Caldwell y su robado ingenio electrónico. Y he aquí que ahora esa pista, se rompía bruscamente. Por fin el crimen, abierto y feroz, hacía, su aparición en un caso que hasta entonces sólo fuera de robo y posible rapto.

Un turbomóvil venía en dirección opuesta. No, eran dos. Esperó a pie firme, en la aeropista. Por fin iba a tener ayuda para salir rápidamente de aquella situación endiablada.

Agitó sus brazos vivamente, al ser iluminado por los faros de los vehículos. Éstos frenaron a escasa distancia. Unos hombres, saliendo de los vehículos recién parados, avanzaron con rapidez. Karvis comprobó que eran cinco o seis como mínimo.

Y cuando les tuvo más cerca, observó que lucían uniformes grises, con el emblema de la Policía Federal Australiana.

—Gracias a Dios que son ustedes —dijo roncamente Larry Karvis. Exhibió su documentación—. Soy agente-especial de la SIP, en misión secreta. Acaban de matar a la mujer que me acompañaba, después de golpearme a mí por sorpresa...

Los policías no dijeron nada. Obraron rápida y silenciosamente. Un oficial dijo que pertenecían a la patrulla de vigilancia nocturna en las aerorrutas de Melbourne. Se hicieron cargo del turbomóvil de Karvis y del cadáver de Berta.

—¿Usted puede acompañarnos, señor Karvis? —pidió el oficial—. Será preciso que trabajemos juntos ahora en este caso, hasta que la Jefatura Superior de la Policía de Australia y la «Spacial International Police», en Washington, resuelvan lo más pertinente. No será engorroso, señor. A fin de cuentas, somos compañeros, aunque trabajemos en distintos Cuerpos. Y la

Ley fija que estamos supeditados todos los Cuerpos policíacos a la SIP, si ésta interviene en un caso criminal.

—Gracias, oficial. Le acompañaré gustoso —miró el cuerpo de Berta, que era cubierto con una tela plástica por uno de los policías—. Deseo como el que más que el autor de esa atrocidad lo antes posible caiga...

* * *

Ahora todo parecía una pesadilla.

Al despertar, Larry se preguntó por un momento, incorporándose en su lecho de espuma, si todo habría sido un mal sueño, y la bella Berta seguiría respirando, viviendo plena de salud y de vitalidad.

Pero no. Eso no era así. No había sido un sueño. Berta estaba muerta. Él había estado en la Central de Policía de Melbourne, hablando con los agentes de la policía australiana sobre el crimen del turbomóvil, al salir del «Austral Circle».

Se levantó. Una ducha helada, un masaje eléctrico en la cabina destinada a ese efecto, y un desayuno ligero y estimulante, parecieron devolverle cierta claridad de ideas y un leve optimismo en relación con el caso que tenía entre manos, cuya nota lamentable y penosa era la muerte de la infortunada muchacha del pelo plateado. Quizá Silas Caldwell también estuviera muerto a aquellas horas. Pero, al menos en ese sentido, cabía la esperanza.

Mientras se rasuraba y elegía la ropa más fresca y ligera, pero también la más impermeable, ya que el día, aunque bochornoso, aparecía nublado y amenazando lluvia sobre Melbourne, conectó el televisófono. Estaban transmitiendo música ligera. Cambió de canal, y conectó el Stereoscópico TV-Color de la Transworld Televisión.

Un presentador terminaba la emisión de noticias. Y, evidentemente, también comentaba crímenes y delitos, porque su expresión era grave, sombría, y hablaba con tono tajante, en términos inconfundibles:

—«...Y ésta es, señoras y señores telespectadores de todo el orbe, la noticia increíble de hoy. La que nos presenta a unos hombres de apariencia digna y honesta hasta hoy, como feroces criminales y delincuentes de la peor especie, amparados por una impunidad que, esperamos, según los últimos acuerdos urgentes del Alto Jurado Internacional, sea quebrada por fin en las próximas, horas, disolviéndose así su vergonzosa corrupción, el ejemplo demoledor e inmoral de unos seres tan viles y repulsivos... Les informaremos puntualmente, en cuanto la decisión final del Alto Jurado Internacional llegue a nuestras manos. Ahora, entre tanto, escuchen música y vean a conjuntos internacionales, actuando para ustedes desde nuestra pantalla tridimensional, hasta el próximo Boletín de Telenoticias».

Karvis cerró la emisora, ya totalmente vestido para salir. Un gesto de sorpresa cruzó por su faz, y la extrañeza de lo que oyera le llevó casi a olvidar

por un momento sus propios problemas. ¿Qué clase de delincuentes podían ser aquéllos que citara el presentador, que precisaban de la intervención de una tan alta jerarquía legal como era el Alto Jurado Internacional, máximo exponente de la Justicia en el orbe, auténtico Tribunal Supremo de todas las Naciones Federadas del mundo?

Sin duda se trataba de una cuestión grave de corrupción, ya que el Alto Jurado poseía total autoridad sobre cuantas instituciones legales, policíacas o de Justicia existían en la Tierra, Luna-Término, y Colonias terrestres en Marte y Venus, así como en todo satélite artificial, estación del espacio o aeronave fuera del espacio terrestre.

Pero pronto se olvidó de eso. Lamentaba no haber escuchado desde un principio al locutor, pero nada más. Sus problemas eran tan serios o más que los expuestos en la TV.

Salió del hotel que ocupaba en Melbourne. Estaba empezando a llover. Las gruesas gotas de lluvia batían en los asfaltos plásticos de la ciudad australiana y rebotaban sordamente en sus propias ropas impermeables, mientras se dirigía a tomar un turbomóvil de alquiler, ya que el suyo, en tanto se investigaban las circunstancias del asesinato de Berta, estaba inmovilizado en el Parque de la Policía de Melbourne.

Optó por un turbomóvil de alquiler directo, sin taxi. Por el rápido sistema de depositar en su ranura exterior la cantidad reglamentaria por un día, que era sólo de cincuenta créditos, uno podía disponer durante veinticuatro horas del turbomóvil tomado de un aparcamiento con control-robot. Si al terminarse esas horas aplicaba otra cantidad, el vehículo seguía funcionando, conducido por el arrendatario. Solamente se inmovilizaba su sistema de turboreacción, cuando el dinero reglamentario no entraba en el depósito.

Arrancó de la plaza de aparcamiento, dirigiéndose a través de la gran urbe hacia la Central de Policía Federal. Solamente se detuvo en un puesto automático de venta de periódicos. Pero se habían agotado en la máquina repartidora. Sin duda, alguna noticia de interés venía en las últimas ediciones impresas, para que eso sucediera en una Era en que el público no necesitaba apenas leer, puesto que la televisión, los cinescopios privados y públicos y las transmisiones mundiales en imágenes lo daban todo hecho.

Siguió adelante, mientras de nuevo volaban sus ideas hacia el enigmático caso que tenía entre manos. Berta, antes de morir, solamente le dio una pista: Slaak, ingeniero electrónico de Budd Carruthers, el gordo y enamoradizo magnate a quién diera él una paliza la noche antes, en defensa de otra mujer hermosa y enigmática: Agnes Kahr, la bella del «Kanguroo».

¿Qué papel representaba en el enigma aquel endiablado y repulsivo Carruthers? ¿Y Slaak, su ingeniero electrónico? ¿Y la desdichada Berta? ¿Por qué fue ella enviada para entregar a Caldwell una misteriosa caja metálica, momentos antes de ser secuestrado el inventor? ¿Y qué intervención tuvo en todo ello Snake, el dueño del «Kanguroo», dos de cuyos esbirros habían

hallado la muerte a manos suyas aquella misma noche?

Y por último... el «Austral Circle» ¿significaba también algo en el siniestro carrusel de incógnitas? ¿Y Wannah Wallah, su desconcertante y enlutado propietario, con su aire de auténtico tahúr? ¿También él jugaba algún papel en el enigma con que ahora se enfrentaba la SIP?

—Dios mío... —masculló Karvis—. Son demasiados problemas... Demasiadas preguntas sin posible respuesta... todavía.

Y siguió adelante con el turbomóvil de alquiler, sumido en sus sombrías contradictorias y desconcertantes reflexiones.

* * *

—Ya hemos practicado la autopsia a la muchacha. Y hemos tomado las huellas dactilares en el dardo dorado y en el objeto contundente con el que previamente fue golpeada para atravesarla luego.

—Oh, el mismo objeto utilizó el criminal para deshacerse de mí, estoy seguro —dijo Karvis, irguiéndose en el asiento del despacho del inspector Cavanaugh, de Melbourne.

—Sí, yo también creo que fue el mismo —asintió, con tono extraño el policía—. Pero ¿sabe una cosa? Se da la curiosa circunstancia de que solamente aparecen en ambas cosas una serie de huellas dactilares, que hemos comprobado ya, sin lugar a dudas.

Larry dijo:

—¿Unas huellas? ¡Es indudable que pertenecen al asesino, inspector!

—En efecto, también yo estoy seguro de eso, señor Karvis. El autor de esas huellas, no puede ser otro que la persona que mató a Berta Hawker, su compañera de viaje en el turbomóvil. Pero ¿sabe de quién son esas huellas?

—¿Cómo puedo saberlo, inspector? —sonrió Karvis duramente.

—Son de usted, señor Karvis.

—¿Eh?

—Y como ambos estamos de acuerdo completo en lo referente a la cuestión, lamento tener que hacer esto. Pero debo arrestarle como culpable del asesinato de Berta Hawker. Ésta es una acusación formal, que deberá usted afrontar ante el Alto Jurado Internacional, como miembro que es de la SIP.

Larry permaneció por unos momentos inmóvil, callado, realmente estupefacto ante la increíble acusación. Pero el inspector Cavanaugh parecía muy serio y tajante al hacerla.

—Esto es un perfecto disparate y usted lo sabe, inspector —dijo con tono áspero.

—¿Disparate dice? —el policía australiano se encogió de hombros. Su expresión, al mirarle fijamente, no tenía nada de amistosa—. Me sorprende

que un hombre consciente como usted diga eso, Karvis. Sus huellas están en el dardo de oro que mató a Berta, en el objeto contundente con el que usted golpeó a la chica y luego, después de asesinarla, se golpeó a sí mismo, para fingirse víctima de una agresión. Cosa lógica en un hombre que, por ser policía, sabe lo que va a sospechar la autoridad y cree cubrirse de toda sospecha. Pero le falló algo: tuvo un exceso de confianza funesto. Creyó que le ampararía el hecho de ser agente especial de la SIP, fuera de toda sospecha. Lo mismo que le sucedió al matar cobardemente a un tal Felder, empleado de Snake, y a un hombre llamado Luigi posteriormente.

—¡Alto, inspector! —congestionado, Larry se irguió de un brinco, encarándose al policía—. ¡Felder y Luigi eran dos esbirros a sueldo de Snake, dos asesinos que tenían la orden de asustarnos o de malherirnos, a Agnes Kahr y a mí! ¡La lucha fue leal! ¡Tengo un testigo, la propia Agnes, que podrá decirle cómo intentó matarme el tal Luigi, y yo le causé la muerte involuntariamente con su propio puñal eléctrico! ¡Vamos, llámela a ella, interróguela y lo sabrá sin lugar a dudas!

El inspector Cavanaugh se encogió de hombros. Su expresión seguía siendo dura, desafiante para Larry Karvis. Cuando habló, fue como una sentencia de muerte, una losa más, que se abatió con peso de plomo sobre el tambaleante Larry:

—Coartada inútil, Karvis, y usted lo sabe. Agnes Kahr ha desaparecido de su residencia esta noche, sin dejar rastro. Usted se ocupó de deshacerse de ella. Un testigo que no aparece, difícilmente puede perjudicarle, llegado el momento.

—¡Miente! —aulló Larry, descompuesto, empezando a perder el control de sí mismo—. ¡Es una ruin mentira, un cobarde embuste que no admito! ¡Jamás hice daño a Agnes ni permitiría que nadie se lo hiciera! ¡Todo esto es una conspiración, una infamia contra mí, de la que ustedes van a tener que responder! ¿Existe o no existe la Justicia verdadera en Australia?

—Cuidado con lo que dice, Karvis —avisó fríamente el policía—. No empeore su situación con ofensas. No tenemos por qué conspirar contra usted ni contra nadie. Nuestro deber es hacer que la Ley se cumpla. Y el peso de la Justicia debe caer sobre todo el que la desafía. Sea un ciudadano normal... o un policía indigno.

Larry Karvis apretó los labios con tal fuerza que crujieron sus mandíbulas y rechinaron los dientes encajados. La faz que se enfrentaba al sereno inspector Cavanaugh era de una lividez, mortal. Los ojos del rubio agente de la SIP centelleaban.

Dijo:

—Sigue mintiendo. Mienten todos. Y no son dignos de ser policías siquiera. Si algunos existen dignos en esta vileza, son ustedes mismos. Yo soy un agente internacional. La SIP me defenderá, la SIP desenmascarará su

ruindad y su bajeza de propósitos, inspector. ¡No puede usted arrestar a un agente de la SIP en el cumplimiento de su servicio, por grandes que sean sus sospechas acerca de él! ¡Mi autoridad internacional está por encima de la suya! ¡No se saldrá con su propósito, inspector! Exijo inmediata comunicación por «télex» con Washington...

El inspector Cavanaugh, de la Policía Australiana, rio entre dientes. Era una risa insultante. E incalificable para Larry Karvis, que conocía sus derechos de miembro de la «Spacial International Police».

Lo que siguió fue como una bomba para él.

—La eficacia de su juego ha terminado ya, Karvis —dijo el inspector con voz dura—. Puede comunicar con Washington y con el lugar que quiera. No espere que la SIP le saque del atolladero, ni que su autoridad internacional sea tenida en cuenta nunca más, a partir de ahora.

Y súbitamente, extrajo una de aquellas ediciones que él no había llegado a encontrar, de un diario impreso por las teleprensas automáticas de los distribuidores de diarios urbanos. Tiró el periódico sobre la mesa. Sus titulares, rojos y grandes, saltaron ante los ojos de Karvis como si tuvieran vida propia:

¡La SIP fuera de la Ley! ¡Agentes suyos culpables de robos y delitos criminales! ¡El Alto Jurado Internacional priva a la “Spacial International Police” de todos sus derechos y ordena su inmediata disolución y enjuiciamiento criminal!

* * *

De repente, todo tenía sentido.

La acusación abominable, el agotamiento de las ediciones automáticas de Prensa, las palabras incomprensibles del presentador de la TV... Todo apuntaba hacia una misma incontrovertible y asombrosa realidad:

La SIP fuera de la Ley... ¡La SIP disuelta por la máxima autoridad judicial del mundo, y sus miembros enjuiciados como criminales vulgares, con la agravante de corrupción pública!...

Era tan absurdo, tan disparatado e inconcebible como si de repente hubiera leído que, por un extraño fenómeno, los humanos iban a caminar de cabeza, utilizando sus manos como pies, a partir de aquel día. Pero, evidentemente, era una noticia real.

—Verá que su inmunidad, ha tocado a su fin, Karvis — le recordó el inspector —. No va a serle fácil ahora salir de este enredo en que usted mismo se metió, confiado en su condición de policía internacional. Su Organismo ha dejado de tener eficacia. Y su jefe, Donald Callowan, será procesado por permitir que, bajo la inmunidad del Cuerpo que él fundara, una partida de

jóvenes y audaces pistoleros, ladrones y asesinos, camparan por sus respetos a lo largo y ancho del mundo y de los espacios siderales que el hombre ha llegado a dominar.

—Todo eso es grotesco. Una mentira incalificable y cobarde contra nosotros —arguyó Karvis, con voz ronca—. Cuando el error se deshaga, ustedes, los que creyeron en tal fraude, lo pagarán muy caro. Jamás existió Cuerpo tan honrado y recto como el nuestro.

—No es a mí a quién tiene que convencer, Karvis, sino al Alto Jurado. Y creo que a ése sólo le convencen las pruebas. De modo que eso basta. Dese por arrestado, bajo la acusación que antes cité. Y no espere que nadie venga a sacarle las castañas del fuego. Su posición es muy fea, Karvis. Tenemos declaraciones adversas de gente importante: Snake, Budd Carruthers y otros. Y ninguna favorable. También se le acusará de la desaparición de Agnes Kahr, a quién la última vez que se la vio estaba en su compañía.

Larry Karvis empezaba a advertir la densidad viscosa y adherente de la telaraña que una sutil potencia criminal había tejido en torno suyo, envolviéndole. Pero lo que no comprendía era cómo la SIP en pleno era ahora acusada, vejada y señalada por una opinión pública y legal enfrentada abierta, hostilmente, contra ella.

—¿Cómo... cómo ha podido suceder? —quiso saber Karvis—. ¿De qué ha surgido esa estúpida acusación contra la SIP? ¿Qué se pretende que hayan hecho mis compañeros?

—Han robado, han matado y engañado... ¿Le parece poco?

—¡Mentira!

—¡No, no es mentira! —aulló Cavanaugh, incorporándose de un salto—. ¡Las acusaciones son concretas, tienen pruebas en el Alto Jurado! ¡La SIP es una cuadrilla de bandoleros de la peor especie y ahora se ha puesto eso en claro de una vez por todas! Van a ser encausados Donald Callowan, Pat Sullivan, los jefes de Secciones y todos los agentes corrompidos! ¡Y la Organización será disuelta definitivamente, para limpiar el mundo de gentuza que se encubre en su propia autoridad!

—Sí, ya veo. La trama es perfecta. ¡Y ustedes, como tantos otros Cuerpos de policía que quieren ser absolutos y no depender de la autoridad de ningún otro, celebran que la máxima fuerza policíaca del espacio y de la Tierra sea aniquilada de un plumazo y que sus agentes y sus jefes sean puestos en la picota! ¿No es ésa la verdadera razón que les mueve a todos contra la SIP?

—La verdadera razón es la de hacer justicia, Karvis. No alegue más o será peor para usted. Ya nos ha ofendido bastante con sus palabras. La SIP ha llegado a su fin. Y usted, como agente de ella que abusaba de su autoridad para meterse en la vida nocturna, en los vicios y en el juego, que frecuentaba la compañía de mujeres dudosas y que abusaba de su poder como agente especial de su Organismo, también ha llegado a su propio fin. Está arrestado.

Y será mejor que no intente nada, o...

—¿O qué, inspector? —dijo fríamente Larry Karvis.

Y lo decía apoyándose en la súbita presencia ominosa de una potente y no muy grande pistola electromagnética, de cargas disolventes, capaz de aniquilar con un solo disparo al inspector y a su despacho. Y cualquiera sabía sin lugar a dudas que aquellas pistolas acostumbraban a llevar más de doce cargas. Suficiente para destruirlo todo en derredor suyo.

—¡No disparará, Karvis! —aulló el inspector, repentinamente lívido—. ¡No se atreverá!

—¿No? —Karvis rio burlonamente—. Usted lo ha dicho. Somos asesinos y pistoleros. Voy a demostrarle que realmente lo somos... si es que se juega algo en el envite, inspector.

—¿Qué... qué es lo que pretende? ¿Qué espera lograr con esto?

—Una sola cosa: salir de aquí. Huir, inspector.

—¿Adónde?

—Eso es cuenta mía. Huir. Adonde no me alcancen ustedes. Ni ninguna otra policía, en tanto se dicte resolución Federal contra nosotros. Y quizás antes de eso la SIP demuestre que aún no ha llegado su fin.

—Es inútil luchar, Karvis. Comete un gravísimo error que le costará la vida en la cámara electrónica. La SIP ha terminado. Y ustedes con ella...

—Veremos, inspector. ¡Veremos aún quién dice la última palabra! —replicó Larry, con la pistola amenazadoramente fija en el policía australiano.

* * *

Y la última palabra, se había dicho, Cavanaugh tuvo razón.

Era el fin. El fin de la SIP, el fin de todos los hombres que lucharon bajo su pabellón.

Él había logrado escapar aquel día de la Central de Policía en Melbourne. Pero más de una vez se preguntó si había merecido la pena.

Después de todo, no resolvió nada con ello. Sólo rehuir a los Tribunales de Justicia Internacional. Al menos, de momento.

Pero todo era cierto. Donald Callowan, Pat Sullivan, absolutamente todos los Departamentos bajo la SIP, fueron disueltos o perseguidos por la ley como si fuesen criminales.

Y lo increíble fue que las acusaciones parecían ciertas. Había pruebas concretas de robos, estafas y fraudes cometidos en diversos lugares del mundo por agentes de la SIP a quienes siempre se tuvo por honrados. Dos o tres de ellos —entre los cuales estaba el propio Larry Karvis—, eran acusados de homicidios. Y si bien Karvis sabía que él, personalmente, era inocente, no se atrevía a jurar lo mismo de sus compañeros de otras latitudes.

Donald Callowan, hundido y desmoralizado, había desaparecido, lo mismo que otros importantes dirigentes de la SIP. Transcurrían semanas, meses, y la desintegración total, radical, de la «Spacial International Police» era ya un hecho efectivo e irreparable.

Muchos de sus agentes, convictos de sus delitos, que ninguno de ellos parecía dispuesto a explicar o justificar ante sus jueces, pasaban a las prisiones espaciales, y dos de ellos, condenado a la pena capital, se libraron de la Cámara Electrónica por puro milagro, al mediar el indulto final del Comité de Justicia de las Naciones Federadas Mundiales, reunido en sesión de emergencia.

Pero esos hechos aislados ya no podían contar en el conjunto de infortunados y terrible sucesos.

El fin de la SIP había llegado. Y nada ni nadie podía evitarlo ya...

SEGUNDA PARTE

DESPUÉS DEL FIN

CAPÍTULO VI

NADA QUE PERDER



AMURA meneó afirmativamente la cabeza, sentado frente a Larry Karvis. Se había hecho de noche al otro lado de los ventanales. Tokio, en la noche, era la misma ciudad esplendorosa y radiante, plena del exotismo y del cosmopolita ambiente que siempre tuvo. Con todos, los grandes progresos técnicos y científicos del siglo XXI animando sus avenidas, sus transportes urbanos, sus edificios y sus rutas, a ras de tierra o colgadas en el espacio, entre las altas

torres de rascacielos y de edificios ultramodernos.

—Sí, Karvis —dijo el nipón—. Creo que esa ha sido realmente la historia de la ruina de la «Spacial International Police».

—Pero, Iko, en realidad es la historia de mi caso. No el de la destrucción de la SIP.

—¿Y si, tal vez, fuese un mismo caso? —sugirió suavemente el oriental, clavando sus oscuros ojos oblicuos en Karvis—. ¿Lo has pensado alguna vez?

Larry meneó la cabeza, afirmativamente. Luego, se puso en pie y caminó por la lujosa estancia, como un tigre enjaulado.

—Claro que lo he pensado —declaró roncamente—. Es más, estoy seguro de que la SIP es inocente de esos delitos, que nada tuvieron que ver sus hombres en esos hechos criminales que les imputan.

—Posiblemente. Pero el hecho cierto es que se demostró su culpabilidad ante el Alto Jurado. Y ellos no tenían prejuicio de ninguna clase contra nosotros. No lo tienen contra nadie, Karvis.

—Muy bien —se volvió, en redondo hacia Namura—. ¿Cómo te explicas tú eso?

—¿Y tú? —replicó Iko, tajante—. Explícamelo tú, si sabes.

—Pensaría en hipnosis, en sugestión... si no fuera porque la mente de todo agente especial de la SIP está entrenada especialmente para autodefensa de toda sugestión ajena, de todo instrumento de influencia mental, y de todo sistema de hipnosis, próxima o a distancia.

—Exacto —asintió el japonés—. Yo también lo había pensado así. Y encuentro el mismo problema indescifrable. ¿Cómo pudieron ser arrastrados al crimen, al robo, al delito en cualquier aspecto los que hasta entonces fueron honestos agentes de la SIP?

Larry exclamó:

—Pero tú has dicho antes que podía ser el mismo caso. Yo buscaba al desaparecido Silas Caldwell y su ingenio electrónico hurtado. ¿Por qué había de ser el mismo caso? ¿Qué semejanza puede tener un caso con otro, Namura?

El astuto japonés de la SIP clavaba sus ojos agudos en su compañero, el rubio Larry Karvis. Tras un silencio, habló con tono significativo:

—Imagínate la semejanza, Karvis. La «supermachine» de Caldwell, ¿qué es exactamente?

—¿La «supermachine»? Un mecanismo electrónico de alta frecuencia, destinado a controlar la naturaleza humana, a provocar el dominio absoluto del ser viviente racional, de todas sus fibras, como músculos, nervios, y reacciones mentales, para... ¡Eh, Namura! —se detuvo en seco, con expresión de angustia—. ¡Espera! ¡Ya sé a lo que te refieres! ¡La «supermachine» puede ser... la forma de dominar la mente de los agentes de la SIP... obligándoles a cometer delitos que repugnarían a su conciencia, sin que ellos puedan controlarse ni impedir que la acción se lleve a electo!

Iko Namura asintió muy despacio. Entrelazó sus manos, contemplando a

Karvis atentamente. Luego, se acercó al ventanal que asomaba al Tokio nocturno, radiante y ruidoso.

—Eso es. Justamente lo que yo he pensado, Larry. Ahí puede estar la clave de todo...

—¿El ingenio electrónico de Caldwell? —Larry se incorporó, excitado. Paseó por la estancia, con aire frenético—. Sí, sí. Eso sería factible. La SIP lo ha previsto todo. Se nos ha educado la mente contra todo lo conocido. Pero el invento de Caldwell entra en el terreno de lo desconocido. Puede existir una onda hertziana o un rayo electrónico, de determinada frecuencia, que ataque la mente y voluntad humanas, por fuerte que sea la educación de autodefensa.

—Sí, Larry. Es probable que sucediera eso. Al menos, es una posibilidad.

—Yo no fui influido por ella, estoy seguro. Había alguien en el turbomóvil. Alguien que me atacó y mató a Berta. Alguien oculto allí, aunque no lo vi en momento alguno... Incluso cuando me volví tuve una vaga consciencia de algo contundente que caía sobre mí. Pero en ningún momento llegué a descubrir la figura, la mano que lo empuñaba. Momentos antes, y escarmentado ya por el ataque de que fuimos objeto Agnes y yo, examiné el turbomóvil. No había nadie, podría jurarlo. Pero me equivoqué. En lo que no creo haberme equivocado es en la certeza de que no hice nada malo a Berta. Como tampoco asesiné a Luigi y a Felder. Eran dos asesinos a sueldo que cayeron víctimas de su propia vileza.

—Eso lo entiendo, Larry. Lo entiendo muy bien. Y creo que no te equivocaste. No has matado premeditadamente a nadie—. Pero ¿y si tampoco te equivocaste en lo demás? ¿Y si realmente no había nadie en tu turbocar?

—¿Eh? —Larry Karvis clavó su mirada asombrada en Iko Namura, que sonreía burlonamente frente a él—. ¿Qué es lo que quieres decir con eso?

—Justamente lo que he dicho. Te voy a decir algo que acaso ignores. ¿Sabes a lo que se dedicaba Silas Caldwell, antes de alcanzar el éxito con la famosa y desaparecida «supermachine»?

—No, no me ocupé de otro aspecto que el de su máquina robada. No creí que lo demás pudiera tener particular importancia.

—Tal vez no la tenga. Pero resulta peculiar que antes de intentar el hallazgo de un mecanismo electrónico capaz de controlar la voluntad humana a distancia, Caldwell hubiera trabajado intensamente en el logro de un sistema de microondas electrónicas capaz de provocar la invisibilidad temporal de un ser humano, descomponiéndolo en partículas que, posteriormente, y mediante el mismo procedimiento, volvían a reunirse, devolviendo la visibilidad del ser sometido al experimento. Los ensayos fracasaron. Pero...

Namura se encogió de hombros, al terminar su indicación. Los ojos atónitos de Larry Karvis se clavaban en él con expresión de auténtica sorpresa, como si de repente se viera ante una nueva e insospechada posibilidad que explicase muchas cosas aún inexplicadas.

—Pero tal vez no fracasaron del todo, ¿no es cierto? —dijo entre dientes

Karvis —. ¿No es eso lo que quieres dar a entender? ¿No es posible que realmente Caldwell consiguiera la invisibilidad... y al robarle la «supermachine», también se apoderaron de su sistema electrónico de diluir la forma física de un ser humano a ojos de los demás?

—Todo es posible, tal y como hoy en día se ha desarrollado la electrónica. Y Silas Caldwell es la persona idónea para desarrollar hasta ese punto la técnica que domina.

—Entonces, una persona o un grupo de personas, idea robar los dos medios científicos de erigirse casi en un genio, en un auténtico terror público en todo el mundo: el ser o la organización capaz de dominar al orbe con el controlador de voluntad y con el «invisibilizador».

—Y de repente, el gran problema —continuó Iko Namura, siguiendo el hilo de teorías de Larry Karvis, con tono frío, apacible. Era un perfecto oriental, dueño de sus emociones en todo momento—. Los ladrones se encuentran con que no son capaces de manejar por sí solos esos mecanismos. Necesitan raptar a Silas Caldwell para que se ocupe de ponerlos en funcionamiento. Su primer objetivo consiste en destruir a la SIP, la fuerza policíaca más fuerte, capaz de combatirlos con posibilidades de triunfo para la Ley. Y lo logran. Terminan con la SIP y su eficacia. Ahora, se ven capaces de dominarlo todo, paso a paso. Éste no es más que el principio. Un principio marcado por nuestro propio fin, Karvis.

—Espera, Namura —Larry hizo un vivo gesto con su mano—. Siguiendo ese razonamiento, llegamos a otra suposición: Para raptar a Caldwell, encuentran dificultades ingentes. Y resuelven citarle en un local. En este caso, el «Kanguroo». Allí se reúne Caldwell con una mujer, Berta. Ella es la emisaria de los ladrones. ¿Y qué lleva consigo? Una caja metálica cuya naturaleza nadie sabe. ¿Qué puede ser ello?

—Un ingenio electrónico de los que el propio Caldwell inventó. El menos voluminoso. Y la «supermachine» no pudo ser. Teníamos fotografías del mecanismo en la SIP. Era como diez veces una caja voluminosa. Precisa de ruedas para ser trasladada. Por tanto...

—Por tanto, Namura... era el aparato para volver invisibles a los humanos —completó Larry—. Los ladrones se lo dieron a Berta. La oferta sería ésta: él tenía que hacerse invisible y salir del «Kanguroo» sin ser visto. De ahí su misteriosa desaparición. El «invisibilizador» sería suficiente. A cambio de ello, Silas recibiría promesa de que en el espacio de unas horas, su mecanismo electrónico robado le sería devuelto. Naturalmente, la promesa no se cumplió. Caldwell se quedó con los captores, igual que sus inventos. Y los delincuentes han empezado ya a utilizarlos...

—Con muy notable éxito, por cierto —dijo amargamente Namura, inclinando la cabeza. Cuando volvió a alzarla, contempló fijamente a Larry Karvis—. Bien, hemos desarrollado una brillantísima teoría. Lo sabemos todo o casi todo. Menos lo importante de verdad, Larry: ¿quiénes lo hicieron? ¿Dónde se ocultan los raptos? ¿Dónde están los mecanismos electrónicos

capaces de alterar el curso de las cosas en nuestro planeta? ¿Dónde se halla su inventor, Silas Caldwell y la muchacha a quién conociste, Agnes Kahr, misteriosamente desaparecida también? ¿Cuál será el próximo golpe de esos delincuentes?

Hubo un largo silencio. Larry Karvis dio unos pasos por la estancia. Se detuvo ante el ventanal, de espaldas al japonés. Todo era como una orgía de luces y de estrías luminiscentes en el azul, nocturno, allí donde las aeropistas serpenteaban, como soporte aéreo de infinidad de aeroturbos, espaciocars y «skyliners» urbanos.

—No sé, Namura —dijo roncamente—. Hay muchas cosas que ignoro, muchas preguntas de las que no conozco la respuesta. Pero hay otras de las que sí puedo responder. Y tú me has dado ideas ahora. Eres un agente muy sagaz. Quizá los dos juntos podamos todavía hacer algo por la SIP, por el mundo que se quedó sin su mejor Policía...

—¿Yo? Olvidas que salgo de Tokio dentro de poco —Iko Namura consultó su reloj de pulsera—. Dispongo de poco tiempo ya, Larry.

—Pero no te irás.

—¿Eh? —el nipón miró con sorpresa a su interlocutor—. Pareces muy seguro de eso.

—Lo estoy, Iko.

—Escucha esto, Larry. No resolveré nada quedándome. Hemos perdido la partida.

—Exacto. Y con ella, lo hemos perdido todo —se volvió bruscamente—. Por tanto, no tenemos nada, absolutamente nada que perder.

—Sí. Eso es verdad —suspiró Iko Namura, cruzándose de brazos. Su inescrutable rostro oriental parecía tallado en piedra al recibir la luz de la ciudad—. Nada que perder... Pero ¿qué podemos ganar?

—Quizá nada. O todo —avanzó hacia él con paso rápido, preciso. Se quedó plantado ante Iko Namura. Y de repente habló con voz firme—: Acabas de decirlo. Nada que perder. Y si aún algo se puede ganar en esta lucha desesperada, ¿por qué no intentarlo? ¿Por qué no poner nuestro último aliento en el esfuerzo supremo? Por nosotros, por nuestros amigos, por todos los que confían en nosotros aún... Por Donald Callowan, nuestro «viejo» querido y respetado, a quién ahora se persigue como a responsable de una corrupción colectiva dentro de su Organización. ¿Qué decides, Iko?

Namura reflexionó breve tiempo. Luego, miró fijamente a Larry. Sonrió, de forma apenas perceptible, y dijo:

—Muy bien. Hay poco, apenas nada que ganar. Pero tampoco hay nada que perder. Me quedo a tu lado, Larry. Vamos a intentarlo juntos. A la desesperada. ¿Hay por dónde empezar?

—Sí —sonrió Karvis—. Hay por dónde empezar. Es difícil, pero hay algo. Un tal Sam Slaak, ingeniero electrónico.

—¿Sam Slaak? Me suena el nombre. ¿Quién es él?

—Dirige la Sección de Ingeniería de la Central Electrónica de Budd Carruthers, en Australia —dijo Larry—. Él entregó la caja metálica a Berta, para que la llevase hasta las manos de Silas Caldwell. Puede aclararnos eso, ¿no te parece?

—Desde luego, Larry —rio el japonés—. Vamos a darnos una vuelta por Australia tú y yo. Será conveniente que alteres algo tu aspecto. Un buen tinte de piel y de cabello, unos postizos y alguna otra cosa que yo me cuide de disponer, hará milagros. Ese Sam Slaak tendrá muchas cosas que decirnos seguramente, antes de que lo dejemos tranquilo.

Larry Karvis sonrió. Impulsivamente, apoyó sus manos en los recios, musculosos hombros del poderoso japonés.

—Gracias, Namura —dijo—. Sabía que encontraría tu ayuda. Lo sabía... Después de todo, hay cosas que no pueden morir, mientras un solo fragmento de ello exista aún. Y eso sucede con la SIP. En tanto uno de nosotros quede vivo... el fin de la SIP no será posible, por mucha fuerza que posea el Crimen.

CAPÍTULO VII

LUCHA IMPLACABLE



L largo aerovía de pasaje se posó majestuosamente en las espaciopistas de Melbourne. Su largo, blanco y aerodinámico fuselaje se inmovilizó finalmente frente a las plataformas de público.

Se abrieron las puertas y los ocupantes del «skyliner» de pasaje, descendieron con sus maletines y bolsas de viaje. Pequeños helicópteros individuales les trasladaban después hasta la avenida exterior, donde hileras de turbomóviles de alquiler esperaban a sus pasajeros para el centro urbano de Melbourne.

Iko Namura era un perfecto desconocido en Australia. Y el hombre de cabellos negroazules, lentes de cristales color caramelo, bigote oscuro bajo la ancha nariz, y leve cojera de su pierna izquierda, apoyándose en un bastón de plástico blanco y negro, también podía pasar por un hombre nuevo, a quién nadie buscaba. Ni un solo detalle de su aspecto general podía recordar en absoluto al rubio y juvenil Larry Karvis, de la figura atlética, ágil y elástica.

Así llegaron los dos hombres de la SIP a Melbourne. Pasaron junto a los agentes de uniforme gris de la Policía Federal australiana sin despertar la

menor sospecha. Desde los puestos de Prensa automática, los titulares de las últimas ediciones fueron visibles a sus ojos, cuando pasaron las plataformas de estacionamiento de la avenida exterior:

Sigue la redada mundial contra la corrompida organización de la SIP, por orden del Alto Jurado. Disolución de los últimos departamentos internacionales de la SIP. La próxima semana se verá el juicio contra los principales encartados y se condenará en ausencia al fugitivo Donald Callowan.

—Hermoso panorama —comentó Larry Karvis entre dientes, al pasar junto al puesto de periódicos impresos automáticamente—. Vamos quedándonos solos, aislados... Me pregunto cuánto tiempo estaremos nosotros en libertad, Namura.

—Dios quiera que sea lo suficiente. O no habrá remedio — suspiró el japonés —. Estamos perdiendo nuestra última oportunidad de eludir el cerco. Lo que nos suceda sólo culpa nuestra será... Pero no me arrepentiré nunca. Es mejor eso que caer sin defenderse, sin luchar.

Karvis asintió. Tomaron un turbomóvil hacia el centro de la ciudad. Cuando ya avanzaban vertiginosos por una de las aerorutas urbanas, entre altos edificios y torres de deslumbrante blancura, Karvis habló en voz baja:

—Alquilaremos otro vehículo para dirigimos a Camp West, al oeste de Melbourne. Allí tiene Carruthers la factoría de industrias electrónicas. Allí está Slaak... Nuestra única pista por el momento.

Iko Namura sonrió. Contempló sus manos, recias y poderosas. Muchos enemigos habían caído anteriormente bajo el impacto de canto de aquellas manos orientales, expertas en la lucha sin otras armas que la fuerza y la habilidad del combatiente, a cuerpo limpio. Tal vez pudiera ponerlas aún al servicio de la causa de la que era defensor desde hacía años en las filas de la «Spacial International Police»: la Ley y el Orden en la Tierra y en los espacios.

—Vamos allá, Larry —dijo entre dientes—. Y lo más rápidamente posible. No sé por qué, tengo el presentimiento de que el tiempo es precioso... y no nos sobra mucho, a estas alturas.

El temor de Iko Namura resultó profético. Pronto pudieron comprobarlo ambos camaradas.

* * *

El turbomóvil se detuvo frente a una vasta extensión de terrenos llanos, bordeados de altas cercas de plastmetal, color aluminio brillante, con un gran rótulo destacando en medio de la llanura australiana:

FACTORIA DE INVESTIGACIONES

RIGUROSAMENTE PROHIBIDO EL PASO
AL PERSONAL AJENO A LA FACTORÍA

—Creo que sobra el rótulo —comentó burlonamente Iko Namura.

—Sí. Esas cercas deben de tener una potente carga magnética para mantener alejados a los curiosos. Pero nosotros tenemos que entrar, a pesar de ello. Nunca haríamos salir, por ningún medio, al ingeniero Slaak. Nos guste o no la idea, habrá que entrar ahí, Namura.

—Muy bien —sonrió el japonés, lleno de firmeza—. Entraremos.

Sonrió Larry Karvis. Era confortante llevar al lado a un hombre como Iko Namura. Su imperturbabilidad, puramente oriental, jamás se alteraba por nada. Pero, además de eso, mantenía siempre la astucia, temeridad y experiencia de todo agente especial de la SIP.

Y pocos tan veteranos, capaces y bien dotados para toda clase de aventuras, por peligrosas y arduas que fuesen, como Iko Namura, el agente encargado de la Sección Oriental.

Dejaron atrás el turbomóvil y avanzaron hacia las vallas de plastmetal aluminizado. Los edificios de la factoría, con sus cúpulas hemisféricas, de un blanco cegador bajo el sol austral, destacaban en el centro de amplios llanos cercados, propiedad del gordo y poderoso Budd Carruthers, su enemigo de aquella noche.

Estaban ya muy cerca de la valla de plastmetal, cuando sucedió lo inesperado. El gran portón central comenzó a deslizarse suavemente, abriéndose la puerta de acceso al prohibido interior de la factoría electrónica de Carruthers.

—¡Cuidado, Larry! —musitó Namura—. ¡Sale gente de ahí! ¡Al suelo!

Karvis no se hizo repetir la indicación de su amigo japonés. Se lanzó a tierra, y Namura lo hizo a su lado. Un montículo, rematado por un denso matorral, les cubrió a la vista del grupo de gentes que, formando una comitiva, salía de la factoría.

Karvis, apartando los ramajes, contempló a los hombres a distancia. Todos lucían unos uniformes de plástico, brillantes, de un intenso color azul, con una gran letra C plateada sobre su, peto. Carruthers gustaba de aplicar su inicial, como una marca de fábrica, a empresas y hombres indistintamente.

—Son muchos. Una auténtica procesión —comentó Namura, contrariado—. ¿Qué mil diablos van a hacer?

—Espera —cortó Larry—. Mira eso que sale ahora de la factoría. Es un vehículo... negro.

—Un coche fúnebre —dijo el japonés, frunciendo el ceño, con la mirada fija en el coche a turbinas, agudo y de modernas líneas, pero no por ello menos lúgubre, que avanzaba a través del portón de acceso a la factoría, tras las hileras de obreros de uniforme azul. Otra línea de obreros, igualmente

uniformados, seguía en pos del vehículo negro. Y dentro de éste, a través de unos visores laterales de vitroplast, era visible un féretro plateado, de forma oblonga.

—¡Un muerto! —gruñó Karvis, sorprendido—. Diablo, sí que somos oportunos...

Vieron pasar ante ellos la comitiva fúnebre, alejándose de la factoría, mientras la puerta de ésta volvía a cerrarse herméticamente. Iko Namura tuvo una repentina idea.

—Quédate aquí —dijo entre dientes—. Voy a averiguar lo que ocurre.

Reptó, abandonando el refugio, y corrió agazapado a ras de tierra hacia la cercana carretera general. Una vez allí, dio un rodeo, saliendo por delante de la comitiva. Y se detuvo, extrañado su gesto, al aparecer los obreros de azul.

—Perdone —habló, deteniendo a uno de los silenciosos y taciturnos obreros—. Ustedes son de la Factoría Carruthers, ¿no es cierto?

—Sí, amigo —respondió el otro, no muy amistoso—. Déjeme ahora, ¿no ve que esto es un funeral?

—¿Un funeral? Oh, yo tengo amigos en la Factoría. Precisamente voy a visitarlos ahora. Soy buen amigo de Carruthers, el patrón. ¿Quién ha muerto?

—Si va, sus amigos se lo dirán —el otro se encogió de hombros siguiendo la marcha—. El muerto seguramente no era conocido suyo. Se trata de Sam Slaak, el ingeniero jefe... Sufrió un trágico accidente ayer, y no pudo hacerse nada para salvarle la vida.

Iko Namura dejó alejarse a la comitiva fúnebre sin decir palabra. Luego, volvió lentamente a recoger a Larry Karvis. Ya no merecía le pena esperar una oportunidad de entrar en la factoría. Su objetivo primordial, el ingeniero Slaak, ya no existía.

—Una muerte casual... y muy oportuna para alguien —fue todo lo que comentó Larry Karvis, sombrío y contrariado, cuando supo la noticia—. Volvamos a Melbourne, Iko.

—¿Qué piensas hacer ahora que ha muerto Slaak? ¿Cuál es el eslabón que te queda?

—El único que existe. El más difícil y duro de atacar, Namura: el propio Carruthers.

* * *

—¿De modo que éste es el antro del vicio de que me hablaste? ¿La dorada jaula, de Wannah Wallah?

—Sí, Namura, éste es el «Austral Circle» de ese extraño caballero jugador llamado Wannah Wallah. Asómbtrate, porque es uno de los garitos más seductores y fascinantes del mundo. Pero debajo de tanto oropel se oculta la misma podredumbre que en cualquier otro lugar semejante.

—Sí, es lo de siempre. Ropajes dorados para ocultar el fango —Iko Namura miró en derredor, con indudable sorpresa—. Pero, a pesar de todo, es

admirable. Lo único que me pregunto es por qué estamos aquí ahora, en vez de andar buscando a Budd Carruthers, tu gordo y buen amigo.

—No sé, Iko. Es una corazonada. Pero creo que Carruthers está aquí. Y si no está ahora, estará más tarde. De cualquier modo, hallaremos la forma de encontrarle a través del dorado cuchitril de Wannah Wallah.

—¿A quién espera encontrar aquí, mi querido señor Karvis?

La voz llegó como si viniera de la mecánica garganta de «Gambler», aquel inanimado muñeco parlante que acogía cordial y obsequioso a los nuevos visitantes del «club». Pero no era el monigote quien hablaba. De nuevo era el fantasmal y enlutado Wannah Wallah, emergiendo como siempre lo hacía: súbita, sigilosa, inesperadamente.

—Oh, es usted... —Karvis le contempló fijamente a través de sus gafas inútiles—. Buen fisonomista, ¿eh, amigo?

—A Wannah Wallah nunca se le olvida una cara —sonrió el jugador fríamente—. ¿Ha vuelto para jugar, señor Karvis?

—Sí. Jugué y perdí ya en una ocasión. Y no precisamente en sus mesas de juego. Ahora creo tener mejor baza en mis manos. Espero la revancha, Wannah Wallah.

—¿De veras? ¿Y qué perdió la vez anterior... que no fuera en la mesa de juego? —los ojos cáusticos de Wannah Wallah le contemplaron fija, maliciosamente.

—Perdí a una chica que sabía demasiado. Y a otra a quién jamás hubiera querido perder aunque no supiera nada. Ahora, espero rescatar a ésta. Y espero recuperar dos máquinas robadas y a su inventor secuestrado, en compensación de la chica que perdí sin posibilidad de rescate, porque una descarnada dama con una guadaña se la llevó antes que yo.

Wannah Wallah se encogió de hombros, con aire indiferente y escéptico. Era como si todo aquello le tocara muy de lejos. Tanto, que le dejaba como al margen del problema.

—Le deseo suerte, en ese caso —dijo lentamente—. No creo que pueda facilitarle fichas para esa partida, señor Karvis. Ni tampoco darle nuevas cartas. Tendrá que jugar solamente las suyas.

—No he pedido otras —Karvis sonrió duramente—. Sólo espero que nadie haga trampas en el juego para ayudar a mi contrario.

—Para algunos, sería fácil meter cartas marcadas —rio Wannah Wallah—. Sólo con decir a ciertas personas la clase de jugador que es un caballero moreno y con gafas, su nombre y profesión anterior...

—Me arrestarían enseguida —miró a Wannah Wallah—. Pero usted no me venderá, ¿verdad?

—No soy un Judas. Siga su partida, señor Karvis. Seré un simple espectador. Pero ¿no se habrá equivocado de mesa al prepararse a hacer su postura?

—No —aseguró lentamente Karvis, con la vista fija en él—. Sé qué no. Ésta es la mesa. Mi reto es inexorable: todo o nada.

Wannah Wallah no dijo nada. Le estudió en silencio, volvió a encoger sus hombros con displicente indiferencia, y luego dio media vuelta, alejándose con un suave:

—Suerte, Karvis. La necesita en ese envite. Es demasiado fuerte... para tan débiles naipes. Pero en el juego, no siempre gana el que tiene mejores cartas, sino el que más sabe arriesgar, llegado el momento.

Se alejó entre la gente. Iko Namura, vigilante, contempló a Larry.

—¿No temes que avise a tus enemigos? —silabeó—. No me gusta el aspecto de ese tipo.

—Ni a mí. Es un rufián redomado. Pero, no sé por qué, es leal a su modo. Posiblemente haga trampas. Pero más bien creo que me facilitará el encuentro con el otro jugador, sin mezclarse en la contienda. O yo no conozco a la gente.

—Ojalá sea así. Pero aunque lo fuese, ¿sería leal tu enemigo?

—Es posible. Después de todo, nada tiene que perder conmigo. Soy un enemigo débil, ya has oído a Wannah Wallah. Un simple exagente de la disuelta SIP. Un hombre al margen de la Ley, sin pruebas contra nadie.

—Y, sin embargo, empeñado en una lucha feroz y sin esperanzas. ¿Por qué, Karvis? ¿Te gusta morir matando?

—Algo así. Además, Iko, en estas últimas horas he tenido tiempo de pensar mucho, de ordenar recuerdos, ideas, cosas olvidadas casi por completo. Me he preguntado muchas veces por qué precisamente la SIP ha sido el blanco feroz de esta lucha desde las sombras, entablada a base de un poderoso ingenio electrónico proyectado sobre los cerebros de ciertos agentes, para obligarles a delinquir. Mis aparentes culpas no hicieron más que cooperar a un plan que, en realidad, ya tenía ultimado el culpable. Un plan destinado al fin de la SIP ante todo.

—Ya hablamos antes de eso, Karvis. Recuerda que llegamos a la conclusión de que era un sistema lógico de iniciar la batalla, destruyendo primero al más fuerte baluarte de la Ley que podía hallar en su camino el adversario.

Larry preguntó:

—¿Y no sería posible igualmente, amigo Namura, que hubiera otras razones más complejas y personales que éstas?

—¿Otras razones? —el japonés enarcó las cejas—. No te entiendo bien, Larry.

—Sí. Suponte que hubo alguien que sufrió un castigo por determinados delitos... por medio de la brillante labor policíaca de la SIP. Ese castigo pudo ser, incluso, la pena de muerte en la Cámara. Electrónica de la Penitenciaría Espacial. Y se cumplió. Entonces, otra persona, un hermano o un familiar muy directo, jura vengarse. Y lo cumple. ¿Cómo? Destruyendo a aquello que consideró en su mente como responsable directo de lo sucedido: la «Spacial International Police» que capturó a su familiar y lo envió a los Tribunales.

—Suen a folletón —dijo Namura, sorprendido—. ¿Pretendes decir que es eso lo que ha sucedido?

—Justamente, Namura. Y yo he recordado el nombre de alguien que murió así, aprehendido por la SIP. Leí una vez el reportaje, lo recordé de súbito, y me pareció que eso lo aclaraba todo. Absolutamente todo, Namura. Conociendo al verdadero culpable, las cosas son tan sumamente fáciles que se explican por sí solas.

—Bueno, y ¿quién diablos es ese culpable? —indagó Namura, sorprendido.

Larry Karvis se había parado ahora justamente ante la boca abierta, riente, de la figura plástica de «Gambler», con sus manos extendidas, en generosa invitación inamovible, a los jugadores del «Austral Circle».

—Una persona cuyo hermano murió ejecutado por un delito común de repulsivo cariz, el día que la SIP lo capturó y logró hacerle juzgar —dijo solamente Larry Karvis—. Un hombre que ha resuelto vengarse, y lo ha logrado, poniendo en ello todos sus medios. Un hombre que se oculta no lejos de nosotros, Namura que ha perdido la partida ya, y que además lo sabe. Vamos ahora. No hace falta seguir más tiempo aquí. Nuestro siguiente paso consiste en llevar las pruebas que tenemos a la policía. Esta vez, la SIP será rehabilitada, y el criminal pagará con su vida, lo mismo que antes sucedió con su hermano. Ya no tenemos nada que hacer aquí, hasta que llegue la policía.

No llegaron a dar ni siquiera dos pasos. De la boca del muñeco, a través de la red metálica, con inflexiones duras y ominosas, llegó una voz opaca, dura y cruel:

—No intente salir, Karvis. Ni usted, Namura. No llegarían lejos. Puesto que es usted tan osado y se atreve a desafiarme, le voy a recibir «personalmente». Con su inseparable amigo japonés, por supuesto... ¡Y veremos si la partida es suya o mía, imbécil!,

Iko Namura consultó su reloj de pulsera con gesto inquieto. Luego, miró a Karvis.

—Es tarde, Larry —dijo—. Debemos marcharnos, diga lo que diga ese monigote estúpido.

—¿Es que no lo entiendes, Iko? —dijo con voz tensa Karvis—. Ese muñeco no es sólo un mecanismo magnetofónico... Es también el sistema de oír y de emitir órdenes que tiene nuestro adversario. Por eso mataron a Berta. Pudo oír bastante aquella noche y eso le obligó a desplazarse personalmente al turbomóvil, reducido a estado invisible temporal por la desintegración condicionada y breve de sus átomos, a través de un proyector electrónico de hipersensible frecuencia...

—Es muy listo, Karvis —continuó la voz metálica, saliendo por la boca inanimada del gracioso «Gambler», que de repente adquiría un aire siniestro y ominoso—. Tanto, que va a cavarse su propia tumba, si sigue desafiándome. Vamos, eche a andar hacia el fondo de la sala. Usted también, cara de limón. Finjan normalidad. Están en mis manos. Cualquier acto desesperado implicará su muerte. Y parecerá un puro accidente... No vacilaré, amigos.

—Yo me largaré, diga lo que diga ese necio que se esconde tras un

muñeco... —dijo Namura, furioso, disponiéndose a salir de allí.

Rápido, Larry le frenó, aferrando su brazo con energía. Le atrajo hacia sí, y añadió:

—No hagas locuras, Iko. Acepta la derrota, como hago yo. Después de todo, hará lo que dice, yo lo sé. ¿Has observado los adornos dorados del techo? Tal vez de ahí saldría en el acto un dardo de oro como el que mató a Berta. Nadie podría ayudarnos entonces...

—Pero ¿se puede saber quién diablos es ese fantasmón que no da la cara? —aulló el japonés, perdida al parecer su entereza anterior.

—Muy sencillo, Iko. El único que no nos inspiró jamás la menor sospecha —suspiró Karvis—. Una aparente víctima de este siniestro complot... Nuestro desapareado amigo, «el inventor Silas Caldwell».

CAPÍTULO VIII

EN EL NIDO SECRETO



ILAS Caldwell... Eso es, Karvis. Sigue demostrando lo listísimo que es —asintió con voz glacial el hombre que hasta entonces había actuado envuelto en la más impenetrable sombra—. Yo soy el responsable de todo. Lo fui desde el principio.

Larry Karvis y su inseparable compañero Iko Namura, cambiaron entre sí una mirada. Luego, volvieron su atención hacia el hombre que, sentado tras una mesa metálica, hacía oscilar su asiento rotatorio mientras hablaba, contemplándoles aviesamente. Por buscar a aquel hombre había empezado todo. Ya lo habían encontrado. Pero no como víctima, sino como auténtico cabecilla de todo aquel horror desencadenado desde su secreto refugio.

—Lo sospeché demasiado tarde, Caldwell —dijo fríamente Larry—. Justamente cuando Iko Namura habló de los motivos que pudo tener el culpable para atacar a la SIP. Me parecía extraño que nos atacara justamente a nosotros... Traté de recordar qué enemigos teníamos capaces de hacer algo así. Y de repente me acordé de Duncan Caldwell, muerto en la cámara electrónica, y de un hermano que había jurado destruirnos alguna vez. Eso sucedió años atrás, pero yo no olvidé los detalles. ¿Era posible que tuviera

alguna relación con usted? Lo medité así, y todo estuvo claro. Sí, evidentemente, usted resultaba la persona ideal para que todo cambiase y tomara forma, Caldwell. Después de todo, ¿qué pruebas teníamos de que nadie le hubiera hecho daño, de que le hubiesen secuestrado siquiera? Ninguna. Nos basábamos en el hecho concreto de que le robaron sus inventos y luego desapareció usted.

—Y dedujo que yo mismo fingí robarme mis inventos y que desaparecí posteriormente, para utilizarlos por mí mismo... contra ustedes en primer lugar. Y contra toda clase de Ley o Justicia humana después, ¿no es eso?

—Exactamente, Caldwell.

—Muy bien. Ahora ya sabe que estuvo en lo cierto. Fue un error hablar con su compañero oriental cerca del simpático «Gambler». Ahora, no podrá revelar eso a nadie. Aunque tampoco lo hubieran creído de sus labios, a fin de cuentas —soltó una breve risita—. Recuerde lo que el mundo, lo que la opinión pública sabe o cree saber de ustedes, los miembros de la SIP... ¡Son todos unos forajidos, unos criminales aborrecidos por la sociedad! ¿Quién iba a dar crédito a sus acusaciones, y más pareciéndoles a la gente tan absurdas y desprovistas de sentido como sonarían las verdades en su boca?

Seguía riendo y riendo. Evidentemente, gozaba con su triunfo sobre ellos, con su victoria sobre la SIP.

Larry Karvis echó una ojeada en torno, observando a los hombres erguidos en las entradas, con expresiones heladas, arma en ristre, y silenciosos. Sin duda eran gente convertida en auténticos autómatas por la máquina controladora de voluntad de Silas Caldwell. Aguzando el oído, podía percibirse un zumbido, procedente de una puerta metálica, al fondo de la cámara subterránea, situada en los bajos del «Austral Circle» de Wannah Wallah, adonde él y Namura habían sido conducidos por dos de los hombres armados, al servicio del flaco y descolorido jugador.

Ésta era la madriguera del monstruo, el cepo que se había cerrado sobre ellos. Pero, a fin de cuentas, no podían quejarse a nadie. Ellos mismos habían elegido aquello, y debían aceptarlo casi como un triunfo. Aunque, por las apariencias, parecía un triunfo destinado a no servir de gran cosa, salvo de íntimo y relativo gozo, tras haber demostrado que eran lo bastante sagaces como para llegar al fondo de la oscura verdad.

—Me gustaría saber otras cosas que no veo claras, Caldwell —intervino suavemente Iko Namura, inclinándose y apoyando sus manos en el reborde de la mesa metálica, sin que los ojos perspicaces y duros de Caldwell, el inventor desaparecido, se apartaran de él un solo momento—. ¿Va a ser tan amable de aclarárnoslas?

—¿Para qué lo quieren saber? —replicó, abrupto—. Van a morir. Nunca saldrán de aquí ya, Namura. Ustedes aparecerán muertos. O ni siquiera aparecerán. Nadie reclamará por su fin. Serán dos fugitivos de la Ley que

hallaron la muerte o se evaporaron. Nada más.

—A pesar de todo, me gustaría saber —sonrió el oriental—. Nuestra raza no da gran importancia a la vida o a la muerte. Hay intereses que están más allá de ambas cosas. Sería interesante hacer el viaje eterno sin dudas ni ignorancias...

La risotada feroz de Caldwell sacudió los muros metálicos con extrañas vibraciones. Luego, se inclinó, mirando divertido a su prisionero japonés.

—Ustedes, los asiáticos, dicen y piensan muchas tonterías —dijo—. ¿Qué quiere saber, antes de irse a pasear por la eternidad, estúpido cara de limón?

—Me gustaría saber si mi compañero Karvis estaba en lo cierto, cuando dedujo que usted escuchó su charla aquí, en el «Austral Circle», con la joven Berta, y si fue usted mismo, utilizando su aparentemente fracasado sistema de invisibilidad electrónica, quien se hizo invisible y entró en su turbocar, matando a la chica con un dardo de oro, después de derribarle a él.

—Claro —rio Caldwell—. ¿Es que aún lo pone en duda? Así ocurrió. Berta sabía mucho. Y sospechaba más aún. Slaak era uno de mis auxiliares. Budd Carruthers jamás lo supo y Berta, como amiga de Carruthers, estaba enterada de eso. No quise que se lo dijera. Era mucho más seguro para mí hacer creer a todos que Carruthers era el que estaba metido en el lío, si mis planes fracasaban. Eso era entonces. Ahora, naturalmente, eso ha dejado de tener importancia. Maté a la chica, sí. Y eché un licor marciano sobre usted, Karvis, para que la policía sospechara de embriaguez o cosa parecida. Así ocurrió. Soy muy listo, Karvis. Lástima que hube de hacerlo todo muy deprisa. El invisibilizador, ciertamente no está logrado del todo. La microonda desintegradora solamente mantiene su efecto durante unos pocos minutos. La «supermachine» es diferente, muy diferente...

—Esa sí está lograda, ¿verdad, Caldwell? —sonrió duramente Karvis.

—¡Y de qué manera! —los ojos del sabio enloquecido brillaron fanáticamente —¡Puede registrar los más leves pensamientos de docenas de personas enfocadas! ¡Puede alterar sus ideas, controlar su mente, obligarles a hacer cosas que jamás harían normalmente! ¡Ni sus orgullosos agentes de la SIP, con toda su supereducación mental, fueron capaces de afrontar la prueba! ¡Triunfé, triunfé, Karvis! ¡Hice de cada policía un criminal, un ladrón o un estafador, según me pareció! ¡Ése es mi gran triunfo! ¡Y vendrán otros, muchos otros! ¡Seré un nuevo amo del mundo, un dictador del Universo, ante cuyo poder se inclinarán todos!

Hablaba jadeante, entrecortadamente, con voz potente y clara, como un ser ebrio de poder y de sueños de grandeza sin límites. Larry Karvis suspiró, inclinando la cabeza.

—Ya veo —dijo simplemente—. Es usted una especie de superhombre... por el momento. Su invento, y ese sistema de invisibilidad, aunque imperfecto, le hacen superior a los demás. Pero no debe confiar en ello. Hay

Alguien superior a todos nosotros. Y Ése nunca deja sin castigo a quién lo merece...

—Aún hay cosas que ignoro, Caldwell —prosiguió Iko Namura—. Por ejemplo... ¿es cierto que cuando Berta se reunió con usted en el reservado del «Kanguroo», fue para entregarle la caja del ingenio capaz de tomarle invisible?

—Sí, ustedes fueron siempre muy listos, amigos míos. Lástima que no les sirva de nada. Había hecho ocultar mi «supermachine». Pero algo fallaba en el generador de energía desintegradora y reintegradora de átomos. Slaak trabajaba en ello. Usted sabe lo que son esas cosas. Berta era demasiado bonita para un cerdo como Carruthers. Y Slaak era joven. Bueno, los dos eran buenos amigos, y Slaak le dio la caja para mí, una vez reparada. La utilicé allí mismo. Me hice invisible y salí del local. De esa forma creé la historia de mi rapto. Complicando a un rufián como Snake en el asunto, nadie pensaría en Wannah Wallah, mi verdadero colaborador, y en su local, bajo el cual tenía yo mi refugio preparado para desencadenar la batalla contra aquéllos mismos que por entonces se desesperaban buscándome como presunta víctima.

—Y no vaciló nunca en matar. Mató a Slaak fingiendo un accidente en su factoría de investigaciones electrónicas, para silenciar a otro que podía delatarle...

—Sí. Slaak se había hecho muy peligroso. Tenía miedo y quería hablar. Yo recordé que Berta habló a Karvis de él y de la caja, y estaba enterado de que Karvis había desaparecido, misteriosamente... Era mejor mantenerse alerta, evitar riesgos.

—¿Y también para evitar riesgos es por lo que se deshizo de Agnes Kahr? —habló con tono virulento Larry Karvis—. ¡Diga, asesino! ¿Fue por eso por lo que también mató a aquella muchacha?

Silas Caldwell volvió a reír, burlonamente. Con total superioridad.

—¿Quién ha dicho que Agnes Kahr esté muerta? —dijo suavemente—. No tenía razones para matarla. Sepa, Karvis, que si la hice secuestrar entonces fue porque usted era un tipo peligroso para mi seguridad. Y parecía muy impresionado por la chica. Manteniéndola en mi poder era posible que, llegado el momento, pudiese limarle a usted las uñas, con ella como rehén.,

—¡Cobarde! Piensa en todo siempre, ¿eh?

—Absolutamente en todo —habló con frialdad Caldwell—. Y en tanto usted no apareció, ella ha seguido siendo mi rehén. Pero ahora no creo que sea ya necesaria en absoluto. Puedo destinarla a mis experimentos con la «supermachine».

—¿Experimentos? —Larry sintió un frío pegajoso en la piel, y miró al monstruo con un escalofrío—. ¿Qué clase de experimentos?

—Oh, una vulgar aplicación de mi invención —sonrió Caldwell—. Quiero someterla a la acción de una determinada carga electrónica, a alta frecuencia,

hasta comprobar cuándo pierde la razón y su cerebro se desequilibra totalmente. Entonces, habré descubierto una nueva arma contra la Humanidad, a la que tanto odio desde que entre todos ustedes asesinaron a mi pobre hermano...

—¡Asesino, rufián! —aulló Karvis—. ¡No hará nada de eso a Agnes! ¡No lo toleraré!

—No está usted en situación de tolerar o dejar de tolerar nada. Es mi prisionero. Mi condenado, señor Karvis, recuérdelo. No tiene defensa posible contra mi poder.

—¡Le mataré antes de que toque a esa muchacha! —rugió, abalanzándose sobre Caldwell con un violento impulso.

Pero Caldwell apenas si hizo nada ante la agresión. Se limitó a pulsar un resorte, oculto bajo la mesa metálica. De repente, Larry Karvis sintió un mazazo formidable en su mente, algo así como si una fuerza penetrara en oleadas, frenándole las ideas y reflejos de forma violenta.

El zumbido audible de la «supermachine» en funcionamiento se hizo ensordecedor, y Namura se tapó los oídos, manteniéndose sereno con un formidable esfuerzo de su férrea voluntad.

Tambaleándose, como si estuviera ebrio, Larry Karvis fue de un lado para otro, sujetándose a las paredes. Poco a poco, la violencia del impacto cerebral fue cediendo, recuperó su normalidad, clavando sus ojos aturdidos en el monstruoso dominador de la electrónica.

—Mi querido señor Karvis, ¿se da cuenta de su error? —dijo burlonamente Caldwell—. Nada puede contra mi máquina ni contra mí... Es estúpido decir bravuconadas que a nada conducen. Es más, su querida y bella dama, Agnes Kahr, ya está siendo sometida a la acción lenta de una frecuencia de ondas capaz de provocar la locura a cierto plazo. El experimento consiste justamente en saber «cuánto» tardará en perder la razón.

CAPÍTULO IX

EL NAIPE OCULTO



A mano de Silas Caldwell había accionado sin duda otro resorte escondido, porque un panel del muro se iluminó, haciéndose transparente.

—¡Quieto, Larry! —dijo con firmeza, cerrando sus fuertes manos en tomo a los brazos de Karvis, para frenar su impulso—. Ya sabes que no lograrás nada. Ten calma...

Larry, con ojos angustiados, contempló a Agnes Kahr, rubia y hermosa como siempre, pero ahora con una fijeza obsesiva en su mirada, que no se apartaba del proyector de una gigantesca máquina metálica, panzuda y ominosa, como un monstruo de acero, en cuyo cuadro magnético parpadeaban luces diversas, mientras la joven, evidentemente sometida a la acción de unas ondas de elevada frecuencia, no separaba sus ojos dilatados y vidriosos de aquel proyector que la fascinaba. La silla metálica en la que estaba sentada hallábase provista de unas bandas de plastmetal que la aferraban inexorablemente, impidiéndole todo movimiento.

—¡Dios mío, Namura! —jadeó Larry—. Es ella, es Agnes...

—Sí, no es difícil imaginarlo, mi querido amigo —asintió gravemente el japonés—. Pero nada podemos hacer tú y yo por ella... Está en poder de Caldwell. Y ahora Caldwell es el más fuerte.

Se volvieron lentamente. La imagen del muro se apagó, éste volvió a su opacidad de antes y Larry Karvis, con un gemido, se tambaleó, ocultando el rostro entre las manos. Iko Namura contempló con expresión helada la faz diabólicamente triunfal del inventor.

—Muy bien —dijo roncamente—. Ya nos ha demostrado su poder, se ha embriagado en la gloria de su propio triunfo. Nos rendimos, admitimos nuestro fracaso y aceptamos el final a que estemos destinados. Pero ¿por qué eso? ¿Por qué dañar a esa muchacha, que ningún, mal le causó? Es lo único que le pedimos: perdone su vida. Apártela de ese maldito rayo enloquecedor... Aún está a tiempo, todavía puede hacerlo, Caldwell.

—Los caballeros esforzados, bajo la bandera de la SIP —rio el inventor—. Muy enternecedor todo. Pero ¿quién ha dicho que ella peligre? ¿Quién ha hablado de matar? Cuando Agnes Kahr se vuelva loca, habrá alcanzado el estado perfecto del ser humano, será feliz por completo en un mundo de

maravillas que sólo existirán para ella. Pero que la harán dichosa, no les quepa duda.

—Usted es el que está loco, Caldwell —dijo Iko Namura, con horror—. Usted es el que enloqueció hace ya tiempo y vive en un mundo aparte, pero no de maravillas, sino de horrores que sólo usted puede imaginar.

—¡Cállese! —rugió el sabio desaparecido—. ¡Cállese, estúpido!

—¡No, no voy a callar! —replicó el japonés—. ¡Tendrá que matarme para que lo haga! ¡Usted es un demente, un maniático feroz y estúpido, un ser cuyo cerebro dejó de ser eficaz hace tiempo, salvo para el mal que lleva dentro, como un virus que le invade! ¡Por eso se complace en torturar, en destruir, en hacer daño a los demás, viejo chiflado! ¡Y no se ha dado cuenta siquiera, con su gran inteligencia, de lo cerca que tiene su desastre, su propio fin definitivo, asesino cobarde!

—¡He dicho que se calle! —aulló, delirante, el inventor, poniéndose en pie de un salto. Sus ojos llameaban, tenía los cabellos revueltos, como si se hubiese convertido de repente en una fiera llena de sadismo incontenible—. ¡Lo único que ocurre es que usted no quiere admitir su fracaso! ¡Pero yo tengo poder, soy inteligente. ¡Mi cerebro es superior a todos! ¡Lo he demostrado! ¡He vencido, Namura, les he vencido a todos! ¡He derrotado a la SIP, como derrotaré a los gobiernos de todas las naciones, como aniquilaré a la Federación de Estados Terrestres! ¡Yo solo seré capaz de todo eso! ¡Y solamente un superhombre de inteligencia suprema sería capaz de hacer algo así!

—Me inspira usted lástima, Caldwell —dijo fríamente Namura—. Tiene la derrota ante sí, el final irremediable, que derribará todos esos sueños como un castillo de naipes, y ni siquiera se ha dado cuenta.

—¿Es usted el que está loco? ¿Yo derrotado? ¿Yo, que he vencido? —chilló Caldwell, frenético.

—Sí, usted, el superhombre, el genio, el gran destructor de la Humanidad... no es más que una pobre rata furiosa, a punto de ser aplastada. ¿Y sabe por qué? Porque no ha sabido comprender que para jugar contra un enemigo que tiene todas las ventajas a su favor, uno ha de hacer a veces una pequeña trampa.

—¿Trampa? —Caldwell parpadeó—. ¿Trampa? ¡No sé de qué habla!

—Su amigo Wannah Wallah podría hablarle de eso. En esta partida, nunca nos hubiéramos arriesgado contra su juego sin un naipe escondido en la manga. Un naipe capaz de derrotarle, Caldwell, cuando pareciera tener en sus manos el póquer de ases capaz de hundirnos.

—Usted miente, Namura. Nadie tiene triunfos aquí. ¡Todos son míos!

—Se engaña de nuevo. Sólo disponíamos de un pequeño triunfo. Y lo hemos jugado hasta sus últimas posibilidades. Ese triunfo oculto, Caldwell, era un simple regalo de aniversario...

—¿Un... qué?

—Un regalo de aniversario —dijo fríamente Larry Karvis que ya de rehacía de su impresión anterior, moviéndose un par de pasos hacia Caldwell—. Simplemente eso, asesino... ¡y usted ha perdido la batalla, aunque ella nos cueste ahora la vida a Agnes y a nosotros dos! Pero habrá merecido la pena, a fin de cuentas. Luchamos a la desesperada, sin la menor confianza en salvar nuestras propias vidas. Era una lucha por algo más que eso. Por el mundo, por la civilización, por la justicia, por la Ley y el Orden... Porque algún día la SIP vuelva a ser la que fue.

—No saben lo que dicen —farfulló Caldwell—. Hablan como si realmente yo estuviera vencido. Si lo que esperan es salvar así su vida, están en un error. Jamás podrán hacerlo, ¿lo entienden? ¡Jamás!

—Mire, Caldwell —de súbito, Larry Karvis aferró con mano enérgica el brazo de Iko Namura. Lo mostró, de un tirón, ante los ojos de Caldwell—. ¿Qué es eso que ve ahí?

—Un... un reloj...

—Sí, pero no un reloj corriente, Caldwell —Larry hablaba triunfalmente, con ojos centelleantes de un júbilo inhumano por encima de todo lo racional—. ¡Mire, genio de la electrónica! ¡No es usted sólo quien hace maravillas en su ciencia! Hay dos muchachos, Levigneux y Dubon, que también dominan esa rama del saber humano, pero destinándola al bien común, al provecho de sus semejantes... ¡Mire ese reloj, Caldwell!

—Ya lo veo —el sabio se irguió, humedeciéndose los labios con la punta de la lengua—. Es un nuevo modelo. Y si pretende decir que posee algún detector que avisará de su presencia a la policía, por medio de ondas emitidas, quítese la idea de la cabeza. Es inútil aquí. El circuito de la «supermachine» lo ahoga con su frecuencia haciéndolo inútil...

—Si eso hubiera sucedido alguna vez, Caldwell, este reloj se hubiera parado —dijo burlonamente Namura, mostrando la esfera ovoidea del moderno reloj que regalaran una vez a Callowan, en una fiesta de aniversario—. Y no se paró un solo momento. Nuestros magos de la electrónica son muy astutos. Lograron darle una potencia de emisión capaz de anular toda interferencia superior. Y no es un simple micrófono o un detector, Caldwell. Es un superemisor-receptor microscópico de televisión, emisor-receptor Morse, antirradiactivo y antiinterferente. Posee unas diminutas baterías de energía capaces de desarrollar una gran potencia.

—Fue el regalo a nuestro jefe, en una fiesta de aniversario de la SIP —sonrió Karvis, agresivo, virulento—... Y lo que es de la SIP, se revuelve contra usted. Incluso vencido, el gigante es capaz de levantarse y machacar a quien le derribó. Desde que entramos en esta madriguera, las microondas hertzianas han estado transmitiendo, «en la frecuencia y longitud de las estaciones de Policía de Australia», toda la escena que hemos mantenido aquí.

«Con imagen y sonido», Caldwell...

Y para demostrarlo, giró un resorte del reloj mágico de Iko Namura. Dentro de la caja ovoidea del audaz reloj creado por los «chispas» parisinos de la SIP, un potente amplificador de microscópicas dimensiones, emitió una voz metálica, tajante:

—... Atención, todas las patrullas. Atención, todas las patrullas... Informen si rodean perfectamente la manzana de edificios del Bloque 342 de Melbourne ciudad, en torno al Austral Club... Informen con urgencia antes de destruirlo todo...

Un aullido infrahumano de Caldwell sacudió los muros metálicos de la estancia. De repente advertía su error. El fracaso de todos sus proyectos demoníacos, la ruina que se abatía sobre él, tras el triunfo oculto exhibido por los dos audaces agentes de la SIP.

Quizá debía de haber matado allí mismo a Karvis y a Namura. Pudo haberlo hecho, porque la fuerza era suya. Pero el terror ante el descubrimiento del desastre le deshizo moralmente por completo. El superhombre, el monstruo de maldad, fue solamente, a partir de entonces, un criminal despavorido, un loco atemorizado, que buscó su salvación en una fuga imposible. Ya no le importaban las vidas de sus enemigos, triunfadores en la peligrosa lucha. Ya no le importaba nada, salvo su propio pellejo.

Presionó un resorte en el muro, chillando como un loco:

—¡No me cogerán vivo! ¡Nadie me cazará! ¡Huiré! y volveré para acabar de destruirlos, malditos! ¡Pronto, mis hombres! ¡Atacad, aniquilad a esos policías del diablo!

Una puerta se abrió junto al panel que antes se iluminara, y por ella se lanzó Silas Caldwell. Karvis trató de correr en pos de él, pero otro peligro se cernía sobre ellos. Los cuatro guardianes de aspecto helado se movieron hacia ellos, controlados sin duda por una fuerza electrónica que les convertía en inútiles autómatas mentales.

Iko Namura ya se encaraba a ellos y, con un repentino salto de atleta, cayó entre dos de sus adversarios. Rápidas, contundentes, aniquiladoras, sus manos de poderoso luchador de «judo», se abatieron sobre las nuca contrarias, golpeando con el filo de la mano.

Dos mazazos escalofriantes lanzaron por tierra, como fardos, a los dos enemigos armados, cuya condición de autómatas humanos, al servicio de una mentalidad puramente electrónica, les situó en inferioridad ante la rapidez y potencia del adversario.

—¡Ve tú a por Agnes! —gritó Namura, cuidándose del tercer hombre-automata, al que puso fuera de combate con una llave paralizante.

Pero ya Larry le ayudaba eficazmente, con una serie de golpes brutales dirigidos al cuarto enemigo, que osciló, empezando a desmoronarse ante él, bajo un alud de impactos de sus puños, tan eficientes como cartuchos de

dinamita.

—¡Rápido, Larry, o será tarde! —avisó el japonés, con apremio.

Karvis se revolvió, veloz como un felino. Iko Namura tenía razón. La puerta abierta en el panel metálico comenzaba a cerrarse ya, tras el desaparecido Caldwell.

Lo que siguió fue todo veloz, vertiginoso. Larry Karvis se lanzó de un salto felino hacia la puerta que se cerraba, como última esperanza de triunfo. Lo demás no importaba ya para Larry. Solamente la vida y la seguridad de Agnes...

Apenas si quedaba una rendija cuando hizo penetrar su cuerpo como un alud. La puerta era magnética y se cerraba a pesar de cualquier resistencia. Pero Larry logró pasar al otro lado, elástico y hábil como una anguila.

Se encontró en una cámara de luces parpadeantes, de color violáceo. Bajo aquellas luces, zumbantes y crudas, el delirante y esquizofrénico Caldwell era como un ser de pesadilla, un abominable monstruo, que estaba inclinándose sobre su poderosa «supermachine», quizás en un intento final de destruir antes de morir, de aniquilarlo todo.

Y allí, sentada en su silla metálica, frente al potente proyector electrónico, estaba Agnes.

* * *

—¡Agnes! —chilló Larry Karvis, mientras se abalanzaba sobre Caldwell—. ¡Agnes, estoy aquí para salvarte! ¡Ten confianza!

Una sacudida, un estremecimiento, conmovió a la joven. Se advirtió en todo su ser un esfuerzo supremo, poderoso, de simple voluntad y subconsciencia, por resistir al rayo enloquecedor, por volver a la realidad, anunciada por la voz del hombre a quién jamás había esperado volver a ver u oír.

—¡No lograrás salvarla! —chilló el monstruo, alzando hacia Karvis sus ojos delirantes, convulsos, que casi le salían de las órbitas, en una faz lívida y descompuesta—. ¡No me vencerás, maldito policía! ¡Nunca vencerá nadie a Silas Caldwell y vivirá luego para contarlo!

Luego llevó la mano a un resorte rojo, situado bajo una hilera de luces parpadeantes y zumbonas, en su gigantesca «supermachine».

Fue como si algo superior le guiara. Como si una fuerza poderosa moviera los músculos y tendones de Larry Karvis. Éste, en un salto felino, en una zambullida escalofriante, que le hizo hender el aire violáceo de la siniestra estancia como si volase en el espacio, cayó justamente sobre las manos crispadas, como las garras de una alimaña, de Silas Caldwell.

Ambos hombres se apartaron de la máquina, estrechamente enlazadas. Caldwell poseía las fuerzas demoníacas de un monstruo herido. Pero Larry

luchaba por una mujer hermosa en peligro, por una mujer a la que amaba desde el instante mismo de conocerla.

Y luchó como jamás lo hiciera antes.

Caldwell, frenético, pugnó por sepultar sus dedos engarfiados en los ojos del agente de la SIP. Éste eludió el intento, y logró conectar un mazazo brutal a su mentón. Caldwell se tambaleó, inseguro.

Karvis aprovechó aquella oportunidad. Ahora, o nunca. No podía permitir a aquel demente cruel que se acercara a la máquina que les aniquilaría a todos. Le hincó sus dos puños en el vientre. El inventor se dobló, tosiendo espasmódicamente y Larry le levantó en vilo de otro mazazo salvaje. Luego conectó un último trallazo a su cuello, y Silas Caldwell, finalmente vencido, rodó como un pelele ensangrentado a los pies del jadeante Larry Karvis.

Rápidamente, éste corrió hacia donde estaba Agnes. La liberó de la silla y la tomó en sus brazos, apartándola del rayo enloquecedor. Agnes le miró. Sí, estaba seguro de que le miraba, a pesar de la vidriosa fijeza que tenían sus hermosos ojos en aquellos momentos. Luego incluso le sonrió. Y perdió el conocimiento, entre los fuertes brazos de su salvador.

CONCLUSIÓN

Donald Callowan contempló de nuevo su reloj. Alzó la cabeza y miró con tierna gratitud a todos los comensales sentados a la larga mesa. Dijo sencilla, emocionadamente:

—Sí, muchachos. Creo que fue el mejor regalo de aniversario que pudisteis hacerme. Este reloj salvó a la SIP, y quizá al mundo entero.

Sonrieron todos. Técnicos, expertos, agentes, absolutamente todos aquéllos que habían luchado por la SIP, incluso en los momentos terribles en que pareció llegado su fin y la ley la persiguió inexorablemente.

—Me gustaría saber, sin embargo, cómo pudo tener la idea Iko Namura de pedir ese reloj —intervino Pat Sullivan, con una sonrisa amplia.

—Fue una idea repentina —dijo el japonés—. Me acordé del día en que comenzó todo el horror. Un día feliz, como éste, en que todos estábamos reunidos aquí. Y de repente, comprendí que sólo utilizando algo parecido a eso podíamos atraer a la policía, ofrecerle las pruebas necesarias... Por eso puse el telecard al señor Callowan. Después de todo, era un reloj único en el mundo. Solamente él podía enviármelo.

—Y lo hizo —suspiró Larry Karvis—. Cuando Iko me contó su plan, no creí que surtiera efecto. Pero era lo único que se podía hacer ya.

—Fueron los héroes de la SIP vencida —sonrió Callowan—. El inspector Cavanaugh, de Australia, jamás se hubiera convencido de no ser porque en las pantallas y altavoces de radio y televisión de la Central de Policía de Melbourne apareció de repente la escena entre Caldwell y ustedes. Entonces comprendió, al escuchar y ver todo cuanto sucedía, y envió sus patrullas. Allí mismo, no sólo se hundió a Caldwell, sino que se salvó a la SIP de su desastre final, y se devolvió al mundo la confianza en nosotros.

—Pero hemos pagado un alto precio, a pesar de todo —sonrió Iko Namura.

—¿Cuál? —se sorprendió el doctor Sullivan.

—La baja definitiva del agente Larry Karvis de las filas de la SIP —dijo el japonés sonriendo—. ¿Les parece poco? Nuestro héroe deserta tras la victoria.

Callowan sonrió. También Larry Karvis.

Luego éste pensó en Agnes, con quien iba a casarse.

Y solamente musitó:

—Oh, es una deserción justificada. Voy a ser feliz con la mujer a quien amo, amigos míos.

Luego pensó en ella. Y el pensar en Agnes le hizo comprender que, a fin

de cuentas, era un precio maravilloso por la victoria final de la SIP



Best-Sellers del Oeste

Los temas más sugestivos tratados por escritores que conocen aquellas lejanas tierras y muchos de los cuales descienden de los pioneros que edificaron sobre un mundo de violencia y dureza una nueva tierra próspera.

Best-Sellers del Oeste

Las situaciones más emocionantes, al lado de las escenas más llenas de humanidad. Una humanidad a veces truculenta y primitiva, propia de una raza que tuvo que crear su propia patria a base de puñetazos y disparos.

*Publicación semanal. * Precio 15.— pesetas.*

Best-Sellers

De _____

GUERRA

Los horrores de la guerra en toda su desnudez y violencia, narrados por unos hombres que la vivieron en su doble misión de soldados y escritores y captaron todos sus matices

BEST – SELLERS DE GUERRA

Escenas de escalofriante realismo que harán que viva usted unas horas de emoción e intensidad. Los soldados son seres humanos como usted, con las mismas reacciones y los mismos temores, aunque a veces actúen movidos por el extraño animal que todos llevamos dentro...

Publicación quincenal.

_____ **Precio 15.— pesetas**

Best-Sellers del Espacio

Los grandes misterios del infinito, el futuro de nuestro viejo planeta y las explicaciones de innumerables preguntas que más de una vez se habrá hecho usted sin poder contestarse.

Best-Sellers del Espacio

Relatos tratados con una verosimilitud admirable, porque los escritores que escriben estas narraciones, además de una imaginación desbordable y están completamente al día, de los últimos descubrimientos en el campo de la física y la astronomía.

Publicación quincenal.

Precio 15.— pesetas.



Una colección que nació famosa.

RELATOS DE GUERRA

Páginas impregnadas de avasalladora emoción, audaz verismo y desgarradora acción, escritas por los más famosos autores mundiales del género.

RELATOS DE GUERRA

Una serie que puede figurar, con méritos propios, junto a las ya famosas colecciones de esta editorial:

ARIZONA : RUTAS DEL OESTE

SEIS TIROS : HAZAÑAS BÉLICAS

ESPACIO

**¡Las colecciones de los
cinco millones de lectores!**

Precio en España: 7.-ptas. En Argentina: 12 pesos.

© Ediciones Toray, S. A. Prohibida la reproducción

Impreso por Ediciones Toray, S. A. Arnaldo de Oms, 51-53 Barcelona